

Y hé aquí á Juan sumido de nuevo en sus tristezas y deplorando la falta de dinero que le impedia llevar á cabo sus beneficiosos planes.

Cuando á los pocos días fué á llevar á su amo el importe del arrendamiento, mostraba un semblante tan contrariado, que aquél no pudo ménos de notarlo y le interrogó sobre las causas de su mal humor.

Juan, después de resistirse algo, le confesó los motivos de su nueva preocupación.

—Esto, no es que yo exija á mi amo que me dé gusto—continuó;—bastante ha hecho V. con concederme lo del tejado.

—Vamos, ya veo que es una obra de romanos el tenerte á tí contento. Apénas ves realizado un deseo, cuando ya tienes otro; pero no importa, quiero ensayar la cura de tu enfermedad. Consiento en levantar los muros de la casa.

Juan declaró que semejante promesa colmaba todas sus aspiraciones, y se volvió á su casa rebosando satisfacción.

Pocos días después llegó un maestro de obras, encargado por el propietario de examinar las que debían ejecutarse. Durante la conversación que sostuvo con Juan, preguntó éste qué destino se podría dar á la armadura vieja del tejado.

—Supongo que ninguno—contestó el alarife;—la madera es muy endeble, y no tiene, por consiguiente, resistencia para sostener más que paja. Lo único que con ella podría hacerse sería un hórreo.

—¡Precisamente lo que me hace falta! El granero que tengo es muy chico.

Fueron á reconocer el terreno, y el maestro de obras lo encontró muy á propósito para la nueva construcción. Indicó á Juan las ventajas que obtendría estableciendo también un cobertizo, agrandando el establo y haciendo una excavación para el estercolero. Juan aprobó el proyecto con entusiasmo, como un medio de completar las mejoras y de dar á la finca una gran superioridad sobre las de los contornos. Sin este complemento las reformas no darían resultado proporcionado al coste, y el amo debía decidirse á hacerlo, aunque no fuera sino por interés propio. Juan manifestó, sin embargo, que no se atrevía á proponérselo.

—Es capaz de negármelo, sin comprender que lo que le pido es tan útil para la finca como para mí. Si tuviese yo dinero, lo haría en seguida, sin consultarlo con nadie; pero los pobres no podemos tener buenos pensamientos.

—No te apures—replicó el contratista, que no comprendía se pudiese gastar el dinero en otra cosa;—yo hablaré con tu amo y le haré que se decida.

Juan le animó, rogándole le comunicase en seguida la respuesta del Sr. Sanchez.

Cuando se quedó solo se puso á dar vueltas á las ideas del maestro, que ya consideraba como suyas. Realmente, esos trabajos, en los cuales no había pensado en un principio, eran adiciones necesarias, y si él no lo había pedido, era por no parecer exigente; pero el amo no podía negarse á su pretensión sin cometer una injusticia.

Trascurrieron algunos días sin saber nada, convirtiéndose su impaciencia en una ansiedad mortal.

¿Iria á negarse el amo á lo que le pedía?

Por fin, una mañana vió aparecer al maestro de obras, que le gritó:

—¡Vamos, ya está hecho el negocio!

—¿Qué negocio?—preguntó Juan, no atreviéndose á adivinarlo.

—¡Qué torpe eres! El del cobertizo y el del ensanche del establo.

—¿De verás? ¿Consiente el amo?

—El mes que viene empezamos la obra.

—Venga V., y me lo contará todo. Sacaré un buen jarro de vino para que no se le seque la garganta. Cuénteme usted todo lo que ha pasado—prosiguió Juan una vez sentados frente á frente.

—Pues nada de particular; el amo se rió mucho, y sin oponer objeción alguna, me mandó hacer el presupuesto de las obras.

Juan se quedó como el que ve visiones, pues no esperaba se arreglasen las cosas tan fácilmente. Cuando se marchó el contratista, fué á reconocer de nuevo el terreno donde iban á verificarse las obras. La antigua entrada á la huerta se hacía imposible con el nuevo proyecto; era necesario abrir un paso, levantar dos cercas y rellenar una zanja. Estas obras las costearía él de su propio bolsillo, sin decir nada al amo; pero lo peor era que, con la nueva entrada, se quitaba un buen pedazo á la huerta, y esto le ocasionaba una pérdida, de la que debía indemnizarle el propietario. Justamente al otro lado del camino había un pedazo de tierra sin cultivar, y Juan creyó desde luego podía reclamarlo á título de compensación; por lo tanto, no vaciló más, y se presentó en casa del propietario con pretexto de saber cuándo iban á empezar las obras.

—Vamos—dijo el Sr. Sanchez al verle;—supongo que ya estarás contento....

—Los pobres no tienen derecho á quejarse cuando el pan no les falta.

—Esa resignación cristiana te honra; pero creo que tienes otros motivos de satisfacción. ¿No te he concedido lo que me pedistes?

—Sí, señor, y estoy muy agradecido; pero el amo sabe que los labradores viven del producto de la tierra, y que, si se les quita un pedazo de ella, es cómo si se les quitara un pedazo de pan.

—Pero, hombre, ¿quién piensa en quitarte nada?

—Dispénsame V.; pero el paso que hay que abrir ahora me come un pedazo de la huerta; no me gustá quejarme; pero si fuese V. tan bueno que me diese el pedacillo que está por frente de la hacienda, yo me podría resarcir.

—Hombre, ese pedacillo, según tú le llamas, tiene cerca de una fanega.

—No sé, señor; yo nunca lo medi; pero téngalo ó no, para un pobre es algo, y para V. no vale cosa.

—Mira, Juan, vamos despacio, que tenemos que ajustar cuentas—replicó el Sr. Sanchez con una seriedad que desconcertó al pobre Juan.—Aquí tienes la nota de todo lo que me has ido pidiendo, cuyo importe asciende á ocho mil cuatrocientos reales. Añadamos ahora la tierra que solicitas, y subirá la cifra á cerca de doce mil, satisfechos en ménos de un mes. Según este cálculo, para contentar á un pobre como tú necesitaría yo tener una renta de treinta ó cuarenta mil duros, y todavía no sería feliz, porque después de mi primera concesión has ido de deseo en deseo, estando hoy tan descontento como antes. Ya lo ves: de nada sirve la riqueza para el que no sabe ajustar sus impulsos á lo que posee. Los antiguos cuentan que las hijas de un rey estaban condenadas á llenar en los infiernos un tonel sin fondo, y esto es lo que intentas hacer, amigo Juan, con tu desear eterno. La felicidad no existe en la riqueza, ni en nada de lo que nos rodea. ¡Dios quiso colocarla más á nuestro alcance, y la puso en nosotros mismos!

A. DEL PALACIO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.792.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª edición de lujo.)

Traje de teatro y soirée. Vestido de terciopelo color de musgo y tul blanco bordado. Fondo de falda de tafetan blanco, ribeteado de un rizado del mismo tafetan, que sostiene por delante y en los costados una falda de tul bordado, dispuesta á la derecha en dos volantes anchos, recogidos con unas cintas de terciopelo color musgo, cuyas extremidades se pierden bajo una rosácea de la cinta igual, que fija al mismo tiempo la falda de tul. Los paños de tul que forman la falda van ribeteados de un encaje igual. Cola de terciopelo verde musgo. El *panier* de la izquierda va formado por la cola, es decir, que ésta va montada sobre la cadera, en un solo paño, y recogida después con algunos puntos, y el de la derecha se forma con la falda de encaje. Corpiño con aldeta, terminada en punta por delante y por detrás. Los delanteros van abiertos bastante bajo sobre un chaleco de seda blanca, abrochado en medio, cubriéndose, por último, el chaleco y parte de los delanteros con una banda de tul blanco bordado, que va plegada y cruzada de derecha á izquierda bajo una rosácea de terciopelo. El hombro izquierdo desaparece bajo una tira de tul plegado como la banda. Manga que no pasa del codo y va abierta en la costura sobre un volante y un lazo del mismo terciopelo.

El dibujo 14 del periódico representa este elegante traje por detrás.

Se corta el corpiño por las figs. 11 á 15 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Tela necesaria para el traje: 4 metros 40 centímetros de tafetan, de 55 centímetros de ancho, para el fondo de falda y el rizado, y 11 metros 80 centímetros de terciopelo.—La cantidad de tul bordado se calcula después de cortar el fondo de falda.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Un talle elegante y una bonita presencia se adquieren con el corsé *Sultana* y el corsé *Coraza* de la casa de PLUMENT (33, *rue Vivienne*, París), y los diferentes *poufs-polisones*, que esta casa edita con gran éxito.

La casa PLUMENT es conocida en el mundo entero, y todas las bellas criollas aprecian en su justo valor la elegancia del corsé *Sultana*. Fino y elegante, hace el talle natural. El corsé *Sultana* es delicioso para los trajes de baile, de casa y de paseo, para los cuerpos-blusas, cuerpos fruncidos, sea en raso ó faya blanca y de color.

Con los levitones, las polonesas y los cuerpos en general, el corsé *Coraza* es maravilloso, y mantiene el talle largo recto y elegante.

Basta enviar las medidas exactas, tomadas estando vestidas, para recibir la clase de corsé que se desee.

Eficacia de la Pâte Epilatoire Dusser!—«..... Muchas damas consultan frecuentemente á sus médicos para que les hagan desaparecer los bigotes algo masculinos: yo aconsejo, en tal caso, la *Pâte Epilatoire Dusser*, que lo logra muy bien.»
Doctor B. de la Fac. de París.

Un médico eminente de Londres, consultado sobre el mérito que como medicamento tiene el **Hierro Bravais**, escribe: «He empleado de un modo muy extenso, tanto en mis diferentes dispensarios como en mi clientela, el **Hierro Bravais**, habiéndolo administrado en casos en los cuales el **Hierro** no podía ser tomado de otro modo. Esta es la mejor preparación ferruginosa que hasta hoy se ha hallado.»

Es suficiente enviar las medidas exactas á **Mmes. de VER-TUS, 12, rue Auber, PARIS**, para recibir de esta célebre casa un corsé de corte y elegancia irreprochables.—*Desconfíese de las falsificaciones.*

El **Aceite de Quina** de E. COUDRAY, perfumista en París, 13, *rue d'Enghien*, conserva por un tiempo indefinido el cabello, y le da un brillo y una flexibilidad incomparables. No es extraño, pues, que su inventor haya obtenido en la última Exposición Universal de París las más altas recompensas por todos los productos de su casa.

ADVERTENCIAS.

Llamamos la atención de nuestras Señoras Suscriptoras, hácia el notable figurin que acompaña al presente número, y que es debido al lápiz de uno de los primeros artistas de París.

Decididos á introducir en nuestro periódico las innovaciones necesarias para que conserve el primer puesto entre todos los de modas, sin reparar en gastos ni sacrificios de ningún género, hemos obtenido la colaboración de este distinguido artista, que dibujará expresamente para nosotros cierto número de figurines y maderas, con arreglo á los modelos más nuevos, elegantes y de fácil aplicación. Del mismo artista es el grabado que figura en la primera página de este número.

Los patrones del traje representado por el figurin, y de la salida de teatro señalado con el núm. 1 de dicho grabado, van en el suplemento que forma parte de la cubierta de este mismo número: otra mejora que adoptamos desde hoy, y cuya importancia sabrán utilizar las señoras abonadas.

El Administrador de LA MODA ELEGANTE suplica de la manera más encarecida á las Señoras Suscriptoras cuyo abono termina en fin de este mes, y deseen continuar favoreciéndonos, tengan la bondad de pasar el aviso para la renovación del mismo con toda la anticipación que les sea posible. Este ruego obedece al deseo de evitar á nuestras abonadas la contrariedad de experimentar retraso en el servicio del periódico al dar principio el nuevo año, época de la mayor aglomeración de trabajos en estas oficinas.

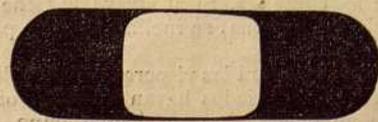
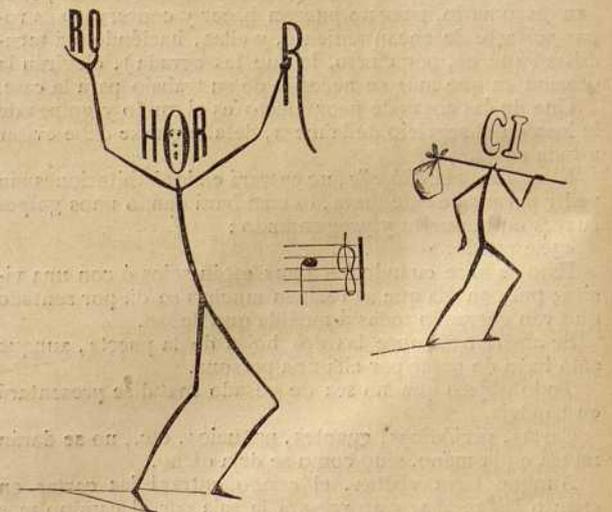
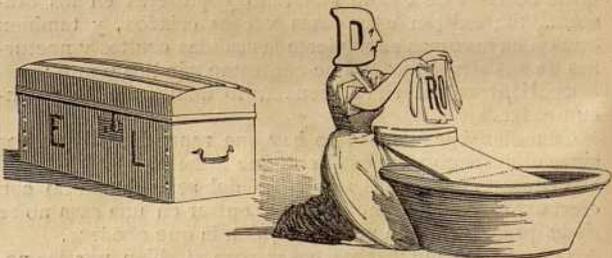
Es de la mayor conveniencia, para evitar errores, que á la orden de renovación se acompañe una de las fajas, impresas ó manuscritas, con que se recibe el periódico, ó á falta de ella, que se exprese con toda claridad *el nombre de la Sra. Suscritora, la edición á que desea suscribirse, punto de su residencia, provincia á que éste corresponde y señas del domicilio.*

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NÚMERO 43.

Una alforja nunca se llena.

La han presentado las Sras. y Sras. D.ª Elodia Arenas y Rodriguez.—Doña Carmen y D.ª Julia Espinosa.—D.ª Tarsila Pla.—D.ª Aticia y D.ª Otilia Armada y Lopez.—D.ª Jesusa Setien de Gonzalez.—D.ª María y D.ª Encarnacion Navarro.—D.ª Mercedes Moreno.—D.ª Carmen Diaz de la Calle.—D.ª Luisa Ruiz.—D.ª Pilar Garcia.—D.ª Adela Tello.—D.ª Eduvigis Fuentes.—Doña Rosalia Rodriguez.—D.ª María Atienza y Jimenez.—D.ª Teodomira Escibano.—D.ª Felisa Ramirez.—D.ª Nicanora Fernandez.—D.ª Erundina Saenz.—D.ª Rosario Abascal.—D.ª Nieves Treviño.—D.ª Susana y D.ª Concepcion Manzanedo.—D.ª Esperanza Marin.

GEROGLIFICO.



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.



PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES. NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIII.

MADRID, 22 DE DICIEMBRE DE 1884.

NÚM. 47.

SUMARIO.—1 á 5. Trajes y abrigos para niñas y niños.—6. Acerico para horquillas.—7 y 8. Galones para abrigos.—9 á 11. Bola de lana.—12 á 14. Penachos para sombreros.—15 y 16. Adornos de flores para vestidos de baile.—17 y 18. Flecós para muebles.—19. Cofia para señora mayor.—20. Capota de terciopelo.—21. Sombrero para niñas de 4 á 6 años.—22. Gorra para niños de un año.—23. Collar de pasamanería y azabache.—24. Traje de calle.—25. Traje de paseo.—26. Chaqueta con corselillo.—27. Jersey bordado para invierno.—28 y 29. Vestido para niñas de 7 á 9 años.—30 y 31. Salida de baile y teatro.—32. Salida de baile para señoritas.—33. Traje para señoritas.—34. Traje de lana.—35 y 36. Vestido de tafetan y crespón.—37. Vestido de lana y seda adamasca.—38 y 39. Dos vestidos de baile.

Explicación de los grabados.—Veinticuatro de Diciembre, por D. Angel del Palacio.—Cartas Madrilenas, por el Marqués de Valle-Alegre.—Prácticas sociales (continuación), por Mario Halka.—Revista de Modas, por la Sra. Vizcondesa de Castelfido.—Explicación del figurin iluminado.—Sueltos.—Advertencia.

Trajes y abrigos para niñas y niños.
—Números 1 á 5.

Para las explicaciones y patrones de estos trajes, véanse los números III, VII y VIII, figuras 21 á 26 y 36 á 55 de la Hoja-Suplemento al presente número.

Acerico para horquillas.
Número 6.

La figura 30 de la Hoja-Suplemento al presente número corresponde á este objeto.

Va cubierto este acerico de una labor de punto de aguja, hecha al derecho con lana, yendo y viniendo. Se la adorna con cuatro hojas bordadas sobre terciopelo inglés encarnado, reunidas por las puntas en medio del acerico.

Se cortan estas hojas de terciopelo por la fig. 30, se pasa el dibujo, y se hace el bordado al punto de espina y punto de cadeneta con seda color de rosa, azul y aceituna, de dos matices.

El contorno va bordado al punto ruso con sedas iguales, y guarnecido de dos hileras de cordon rizado. Cada hoja va ribeteada de un cordon grueso de seda encarnada. Unas presillas del mismo cordon, terminadas en cascabeles, cubiertas de cordon rizado, completan los adornos del acerico.

Galones para abrigos.—Núms. 7 y 8.

Núm. 7. Este galon es de felpilla de color y torzal de raso. El borde inferior de las curvas va guarnecido de cascabeles de cuentas.

Núm. 8. Es de felpilla negra y trencilla de seda negra, lisa y estrecha. El galon va adornado de cascabeles de cuentas de azabache.

presilla, se coloca la bola sobre un cuerpo duro, y se la esquila para igualarla. Se pueden ejecutar estas bolas de lana lisa ó de diferentes colores, mezclada con hilos de oro ó de seda. Segun el tamaño que se quiera dar á las bolas, se tomarán madejas más ó menos gruesas.

Penachos para sombreros.—Núms. 12 á 14.

Núm. 12. Se hace este penacho de plumitas negras, cuyos hilos van terminados en cuentas negras y plaquitas de azabache.

Número 13. Este penacho se compone de plumas color aceituna y cuentas verdes.

Número 14. Penacho compuesto de hojas largas y estrechas, que se hacen de felpa sombreada color bronce.

Adornos de flores para vestidos de baile.

N.ºs 15 y 16.

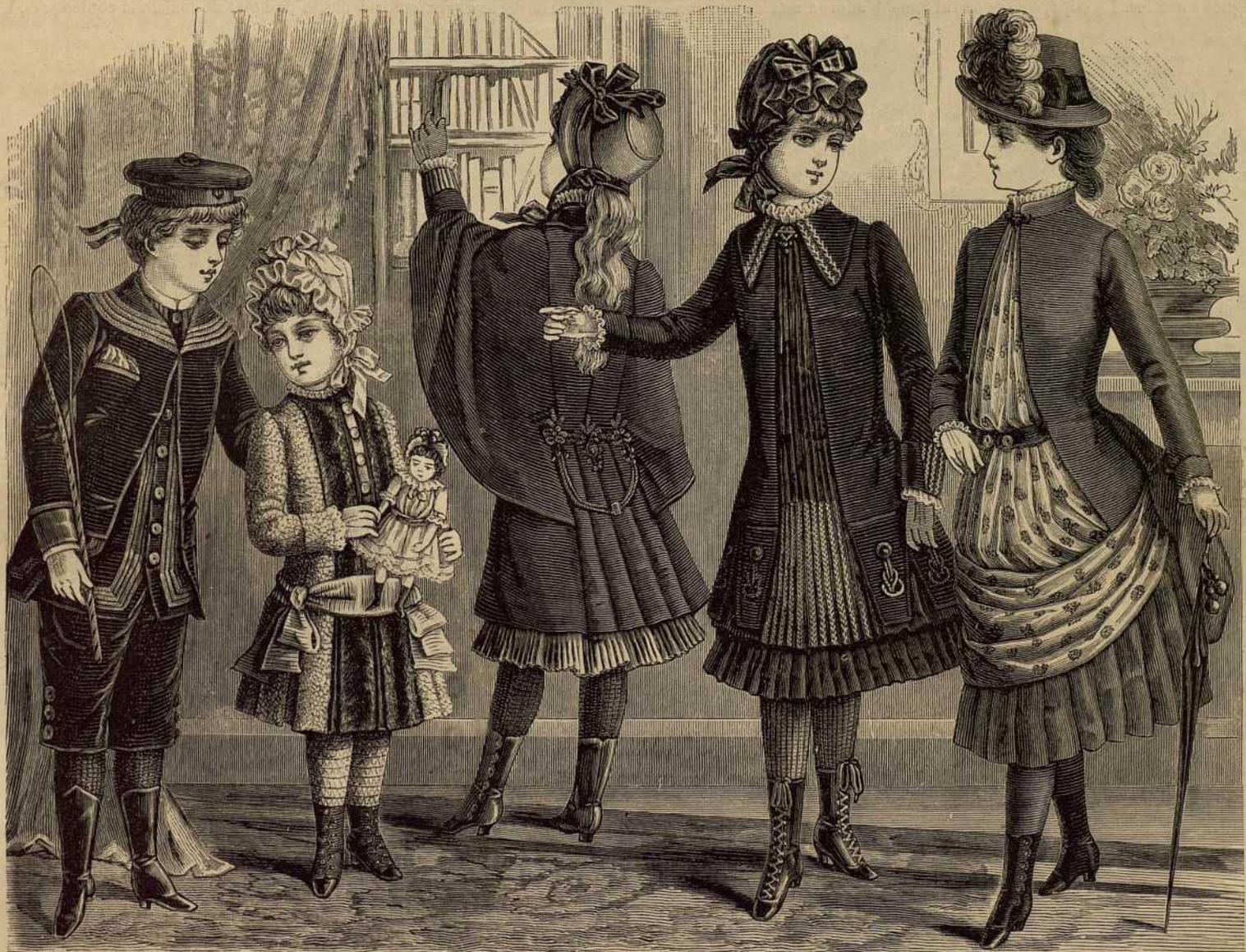
Número 15. Este adorno se compone de claveles de diferentes colores, con sus hojas, de hierbas y tallos verdes. La guirnalda sirve para guarnecer los pañiers de un vestido.

Número 16. Este adorno, que consta, como el anterior, de una guirnalda y un ramo de corpiño, se compone de rosas grandes, hechas de raso amarillo sombreado, de margaritas encarnadas, de hojas de un marron rojizo y de tallos musgosos.

Flecós para muebles.—Núms. 17 y 18.

Núm. 17. Se hace este fleco al crochet, con lana color aceituna y trencilla rizada, y se le adorna con felpilla color de melocoton y azul pavo real claro. Se guarnecen las curvas y las puntas del fleco con bolas de lana de diferentes tamaños.

Núm. 18. Este fleco va hecho al crochet, con lana marron de tres matices y trencilla rizada. Se le borda al punto ruso, con felpilla fina color aceituna y marron claro. Su



1.—Traje para niños de 6 á 8 años. (Explic. y pat., núm. VII, figs. 36 á 46 de la Hoja-Suplemento.)

2.—Abrigo para niñas de 3 á 5 años. (Explic. y pat., núm. III, figs. 21 á 26 de la Hoja-Suplemento.)

3.—Abrigo para niñas de 6 á 8 años. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

4.—Vestido para niñas de 6 á 8 años. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 47 á 55 de la Hoja-Suplemento.)

5.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)

Bola de lana.—Núms. 9 á 11.

Para hacer estas bolas, que sirven de adornos de flecos y otras guarniciones, se ata con algodón grueso una madeja muy gruesa de lana, á intervalos regulares de unos 6 centímetros. Se corta la madeja bien en medio, entre dos ligaduras (véase el dibujo 10). Se abren los extremos de la madeja cortada, de modo que no se vean las ligaduras. Se peina la lana con un peine claro, y se pasa una hebra de lana ó seda por el centro, para formar una presilla, que sirve para fijar la bola (véase el dibujo 11). Se da á la madeja la forma de bola, frotándola entre las dos manos; se forma

encarnadas, de hojas de un marron rojizo y de tallos musgosos.

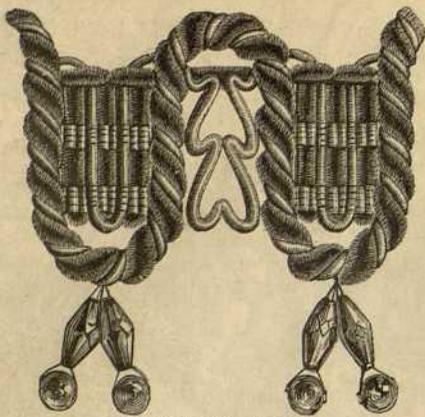
borde inferior va guarnecido de bolas de lana de color.

Para ejecutar este fleco se hace, tomando al mismo tiempo una hebra de lana del color más oscuro y una trencilla rizada, una cadeneta del largo necesario, labrando despues como indica el dibujo.

Cofia para señora mayor.
Número 19.

Se hace esta cofia con encaje blanco de 8 centímetros de ancho, ligeramente fruncido y dispuesto sobre un fondo de tul blanco fuerte, y se la adorna, entre las hileras de encaje, con unas borlitas de felpilla color de oro antiguo. El centro del fondo va cubierto de tul seda blanco con lunares.

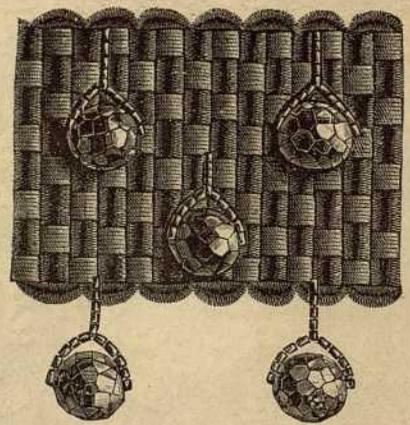
Se adorna además la cofia con lazos de cinta de terciopelo color de oro antiguo, de 2 centímetros, y con unas hojas color marroñ claro.



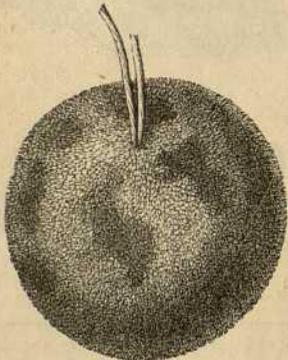
7.—Galón para abrigos.



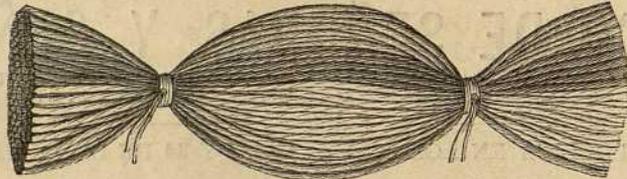
6.—Acerico para horquillas.



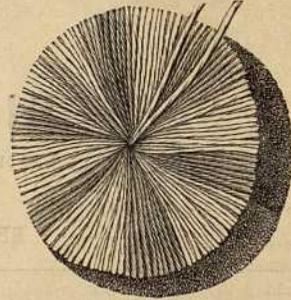
8.—Galón para abrigos.



9.—Bola de lana.
(Véanse los dibujos 10 y 11.)



10.—Primer detalle.
(Véase el dibujo 9.)



11.—Segundo detalle.
(Véase el dibujo 9.)

Traje de calle.—Núm. 24.

Este traje es de paño. El corpiño, plegado por delante, forma una aldeta corta, terminada en punta y ribeteada de un cinturón fijo fruncido. Una esclavina, escotada en el pecho, cubre los hombros. La túnica, fruncida en la cintura, se redondea, ribeteándola de un bias ancho. La falda va plegada de arriba á abajo, y sus pliegues van sujetos bajo un bias en su base.

Traje de paseo.—Núm. 25.

El corpiño es ajustado y lleva aldeta redonda y cuello en pié. La túnica forma por delante un delantal largo, terminado en punta y ribeteado de un bias ancho de terciopelo. Se recoge la túnica muy alto, fijándola con un lazo del mismo terciopelo. La falda, plana, es de otomano brochado de hojas de maíz. La confeccion, hecha de terciopelo,

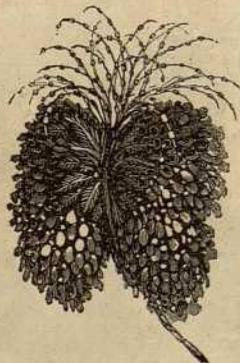
Capota de terciopelo.—Núm. 20.

Se cubre el ala, que es gasa de oro y tul de oro, con un volante de terciopelo color de aceituna, puesto doble y cortado al sesgo; el borde de delante va guarnecido de cuentas color de aceituna. Este volante forma en el centro un pliegue triple hueco, y en los lados un pliegue doble hueco y dos pliegues sencillos. La copa, que es de tul fuer-

te, va cubierta de terciopelo, dispuesto por detras en dos pliegues huecos sencillos, y por delante en un pliegue hueco triple. La union del ala y de la copa va cubierta de una tira de terciopelo al sesgo. Se fija en el centro de esta tira, por delante, un lazo de cinta otomana color de aceituna, de 6 1/2 centímetros de ancho. Un lacito igual va cosido en medio del ala, por debajo del volante de terciopelo. Se adorna esta capota con cuatro plumitas de avestruz color



15.—Adorno de flores para vestidos de baile.



12.—Penacho para sombreros.



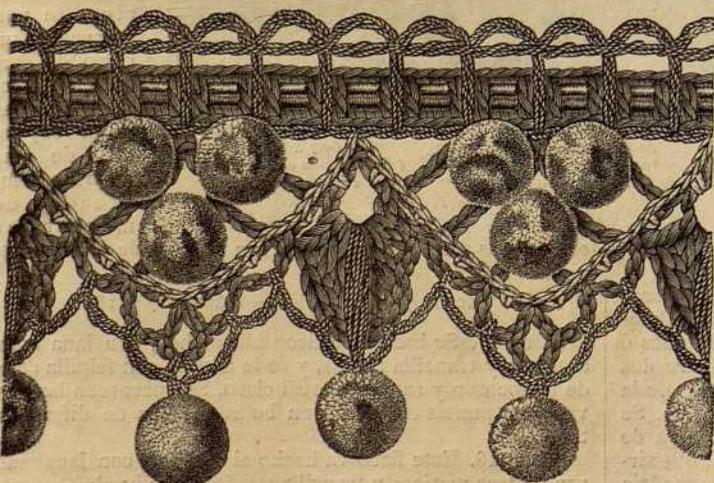
13.—Penacho para sombreros.



14.—Penacho para sombreros.



16.—Adorno de flores para vestidos de baile.



17.—Fleco para muebles. (Dos terceras partes del tamaño natural.)

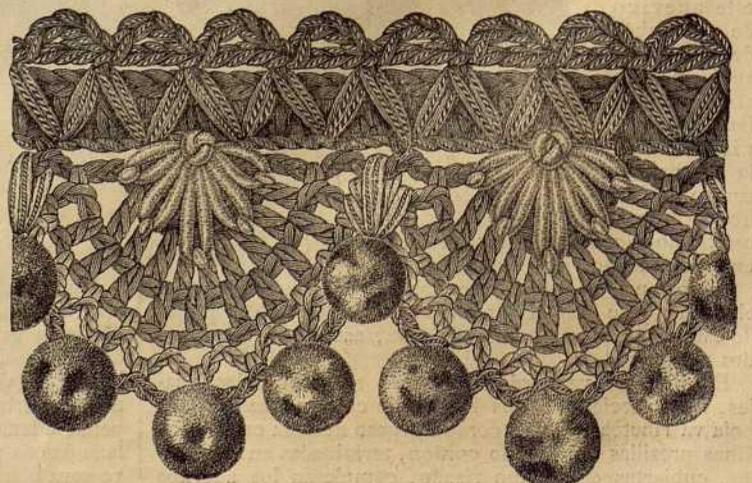
aceituna. Bridas de cinta del mismo color.

Sombrero para niñas de 4 á 6 años.
Número 21.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, fig. 27 á 29 de la Hoja-Suplemento.

Gorra para niños de un año.
Número 22.

Esta gorra, cuyo fondo es de raso blanco bullonado, va guarnecida de una tira de piel de cisne y de dos rizados de encaje blanco, que forman el borde. Los adornos consisten en una escarapela de cinta de raso blanco y unos pompones de plumas de cisne.



18.—Fleco para muebles. (Dos terceras partes del tamaño natural.)

lo, es corta, con manga visita, y va enteramente ribeteada de encaje.

Chaqueta con corseillo.—Núm. 26.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Jersey bordado para invierno.—Núm. 27.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núms. 28 y 29.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

Salida de baile y teatro.—Núms. 30 y 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figuras 31 á 35 de la Hoja-Suplemento.



19.—Cofia para señora mayor.

Salida de baile para señoritas.—Núm. 32.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figs. 56 á 59 de la Hoja-Suplemento.

Traje para señoritas. Núm. 33.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento al presente número.

Traje de lana.—Núm. 34.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento al presente número.

Vestido de tafetan y crespon. Núms. 35 y 36.

Para la explicación y patrones, véase el número I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento al presente número.



21.—Sombrero para niñas de 4 á 6 años. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 27 á 29 de la Hoja-Suplemento.)
22.—Gorra para niños de un año.

Vestido de lana y seda adamascada. Núm. 37.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 12 á 20 de la Hoja-Suplemento.

Dos vestidos de baile. Núms. 38 y 39.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.



23.—Collar de pasamanería y azabache.

¡VEINTICUATRO DE DICIEMBRE!

¡Felices Pascuas!

Los agraciados con el premio gordo del último sorteo de la lotería recibirán esta felicitación con la sonrisa en los labios.

Hacen mal. Si la felicidad consiste, según aquella conocida conseja, en la carencia absoluta de camisa con que cubrirse, desde ahora podemos asegurar que un gran número de españoles, por no decir la mayor parte, serán á esta fecha mucho más dichosos que esos desgraciados á quienes la fortuna ha mostrado su desenvuelta faz.

Convengamos en que los poseedores hoy de esos números que el azar ha convertido en dinero son dignos de compasión. ¡Qué de cuidados, do-



20.—Capota de terciopelo.

lores de cabeza, temores y sobresaltos estarán experimentando los respectivos agraciados!

En cambio, ¡qué tranquilidad disfrutarán los que no han logrado en toda su vida contemplar cinco pesetas reunidas en su bolsillo!

Sin la menor emoción habrán oído pregonar la Lista grande, y si muestran algún interés en conocer el nombre de los agraciados, no será seguramente llevados de la envidia, sino del deseo de probar el filo de su sable sobre las indefensas espaldas de los afortunados.

¡Tristes ventajas de la riqueza!

Nosotros conocemos á un sujeto que, habiéndole



24.—Traje de calle.



25.—Traje de pascó.

cabido en suerte un segundo premio, recibió, aún antes de haberlo hecho efectivo, cuarenta y tres cartas de otros tantos desgraciados que no habían comido hacia dos días, impetrando un pequeño auxilio de su generoso corazón.
 ¡Calculen ustedes las peticiones que á estas horas habrán llovido sobre los infelices dueños de los diez millones sorteados!
 ¡Compadezcámosles!

Ha llegado el temido momento de echar mano al bolsillo para cumplir con esa abusiva costumbre que convierte á cualquier español en un mendigo más ó menos ilustrado.

¡El aguinaldo! ¿Qué persona medio regular se evade de la pesadumbre de darlo, aun cuando no goce de la satisfacción de recibirlo?
 ¡Nada, nada, á comprar el pavito, la



28.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Espalda. (Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.)



30 y 31.—Salida de baile y teatro. Espalda y delantero. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 31 á 35 de la Hoja-Suplemento.)

32.—Salida de baile para señoritas. (Explic. y pat., núm. IX, figs. 50 á 59 de la Hoja-Suplemento.)



29.—Vestido para niñas de 7 á 9 años. Delantero. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



27.—Jersey bordado para invierno. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



33.—Traje para señoritas. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

34.—Traje de lana. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



38.—Vestido de baile. (Explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.)



36.—Vestido de tafetan y crespón. Espalda. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.)



39.—Vestido de baile. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



35.—Vestido de tafetan y crespón. Delantero. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 11 de la Hoja-Suplemento.)

37.—Vestido de lana y seda adamascada. (Explic. y pat., núm. II, figs. 12 á 20 de la Hoja-Suplemento.)

caja de mazapan ó el par de capones, y..... todo sea por Dios!
 En seguida, á cambiar en pesetas unos cuantos duros para responder dignamente á las felicitaciones del sereno, el repartidor, el barrendero, la portera y los celadores del alcantarillado.
 Veamos, en cambio, lo que podemos recibir:
 Unas quintillas del repartidor.
 Un romance del sereno.
 Una tarjeta del barrendero.

Una sonrisa de la portera.
 Una visita de los celadores del alcantarillado, que afortunadamente no la hacen en traje de campaña.
 Y como extraordinario, un cuartillo de leche de almendras del propio dueño del café en que acostumbramos á intoxicarnos.
 ¡Bonito porvenir!
 ¡Si al menos fuéramos personas oficiales!

Para ellos son esas cajas de jalea, adquiridas á bajo precio por los esperanzados pretendientes.
 Para ellos tambien esos cajones de puros, ofrenda de las puras intenciones de sus protegidos.
 Para ellos

cebóse la pava y convirtióse en capon el antes ensoberbecido gallo.
 Para ellos, en fin, nació el Mesías y vinieron los Reyes Magos, trayendo en sus alforjas el incienso, que nosotros los periodistas quemamos á cada momento ante los santos de nuestra devoción.

En estos aciagos días es cuando más se echa de ver la utilidad de esos pedazos de papel, que las gentes han dado en llamar billetes de Banco.
 Si nosotros poseyésemos unos cuantos fajos de esas seductoras aleluyas, ¡con qué placer obsequiaríamos á las personas que por cualquier motivo han merecido nuestras simpatías durante el año próximo á espirar!

Todo se halla dispuesto para la gran solemnidad.
 En el testero principal del comedor campea el indispensable nacimiento, adornado con profusion de luminarias.

Los tambores, zambombas y rabeles esperan á las infantiles manos que han de acariciarles, y la anguila de mazapan ha sufrido ya varios pellizcos, producidos por la impa-

está enfriando sobre la mesa, y seguido de ellos dirigese majestuosamente al comedor.

Las espinacas y los garbanzos son devorados con elocuente silencio; pero, apenas retirada la sopera, surge un incidente que rompe la monotonía de la cena.

Una aceituna, despedida del plato por el tenedor del ama de cría, rueda por la mesa. Precipítanse sobre ella diez manos, poseedoras de cincuenta ávidos dedos, y, como es consiguiente, sólo un chico, más listo ó más afortunado, logra atrapar el codiciado fruto.

Síguese una serie de llantos y recriminaciones capaces de conmover á las figuras del nacimiento, empezando por los Reyes Magos y concluyendo por la mula y el buey.

— ¡Era mía!
— ¡Venía derecha á mi plato!
— ¡Me han arañado una mano por coger la aceituna!
— ¡Ya la tenía yo cogida!
— ¡Quítasela, papá!

¡Terrible y desconsolador espectáculo, que no termina hasta que, irritado el jefe de la casa, empieza á repartir pescozones con la mano izquierda y aceitunas con la mano derecha!

La entrada en escena de la caja de mazapan promueve nuevos altercados.

— ¡Yo quiero la cabeza!
— ¡La tengo yo pedida desde ayer!
— ¡Yo no quiero la cola!
— Pero ¿por qué?
— ¡¡Porque no tiene relleno!!.....

— ¡Caracoles! — dice la madre, no de la anguila, sino de los niños. — ¿Por qué no harán estas culebras sin cabeza y sin cola?.....

Termina por fin el banquete, y los chicos, más ó menos *alumbrados*, se disponen á alumbrar el nacimiento. Delicada operación, que hace necesaria la ayuda de las criadas, no por la dificultad de encender las velitas de colores que adornan el retablo, sino por la facilidad de incendiar toda la manzana.

Una vez iluminado el nacimiento, apodéranse las criaturas de sus tambores, zambombas, chicharras y rabeles; la criada empuña el almirez, la dueña de la casa unas castañuelas, y después de un ruidoso preludio, que hace estremecer á todo el vecindario, escupe el director artístico, ó sea el feliz padre de familia, y canta lo siguiente:

Tengo de echar una copla
Y arrastrarme por el suelo,
Para que Dios dé salud
A esa que llaman Consuelo.

Á lo que Consuelo, ó sea la señora de la casa, contesta:

Tengo de echar una copla
Por encima de un melon,
Para que Dios dé salud
A mi marido Ramon.

— ¡Bravo, bravo! ¡Esa no la has sacado de tu cabeza!
— Anda tú, Pepito, echa la tuya.
— Voy, papá.

En el portal de Belen
Hay un hombre sin calzones.....

— ¡Niño, no sigas!
— ¡Calla, hombre, que se me ha ocurrido el final para la copla!
— A ver, mujer, á ver.
— Oye:

En el portal de Belen
Hay un hombre sin calzones;
Así vas á verte tú
Si pronto no te *reponen*.

— ¡Mire V. qué gracia!
— Anda, canta tú una de esas que has hecho.
— Allí va:

En el portal de Belen
Hay una piedra redonda,
Para aplastar estas fiestas
A los padres de familia.

— ¡Hombre, si eso no es verso!
— Convenido; ¡¡pero, en cambio, es una verdad como un templo!!

ÁNGEL DEL PALACIO.

CARTAS MADRILEÑAS.

Á LA SEÑORA CONDESA DE M***.

BRUSÉLAS.

Aspecto de Madrid. — La proximidad de las Pascuas. — Tiendas de ultramarinos y confiterías. — Regalos y obsequios. — Los salones. — Escasez de fiestas. — Recepciones vespertinas. — Las de mañana. — TEATROS: En el REAL, despedida de Mme. Devriès. — Nuevos tenores. — *La Africana*. — La Boulichoff. — ESPAÑOL, *La Peste de Otranto*. — COMEDIA, *¡Sin solución!* — APOLO y ZARZUELA. — Los pequeños teatros. — Días de moda.

USTED no ha pasado nunca en Madrid, mi querida amiga, la presente época del año; y no puede imaginar, por consecuencia, el cuadro animadísimo y bullicioso que ofrece durante ella nuestra capital.

Todas las provincias de España envían aquí sus mejores productos; todas las ciudades y todos los pueblos tienen en la corte numerosos representantes, y los escaparates de las tiendas de ultramarinos y de las confiterías se ven atestados de sabrosos y variados géneros.

Al propio tiempo, la Plaza Mayor es un verdadero *pandemonium*, donde giran y se agitan multitud de individuos, gritando como condenados; pregonando sus mercancías, haciendo sonar ruidosos instrumentos rústicos, — desde la

pandereta hasta el rabel; desde la chicharra hasta la zambomba; desde el tambor hasta la trompeta.

Los extranjeros acuden á contemplar aquel vistoso y singular panorama, aunque huyen asustados en seguida, temerosos de ensordecer.

Peró si aquel es el infierno de las personas formales, es el paraíso de los niños, que, por poco dinero, satisfacen sus infantiles aspiraciones de dulces y de juguetes.

Cuanto se vende allí es de pacotilla, excepto los pavos y los capones cebados, que constituyen una verdadera especialidad.

La gente *comme il faut*, ó la *high life* — segun se dice ahora — no se surte allí de lo que necesita para banquetes y regalos, sino en los almacenes aristocráticos — *passer-moi le mot* — de Bach y de Matute; en las confiterías de *La Mahonesa*, de la Viuda de Blanco y de Carlos Prast.

No sé si en Brusélas existe la costumbre — entre nosotros tan extendida y generalizada — de enviarse los amigos — y áun los enemigos — presentes más ó menos lujosos, más ó menos costosos, durante la temporada de Pascuas.

Los de fortuna modesta se limitan á regalar la caja de mazapan de Toledo, el par de capones, los barriles de aceitunas, y otras frioleras por el estilo.

Peró la gente opulenta trueca objetos de mejor gusto y de más valor.

Así, por espacio de doce ó quince días, visita por la mañana y por la tarde la casa de Prast, donde se encuentra una rica y copiosa colección de bronce y de porcelanas, mientras que al lado — es decir, en el departamento *Las Colonias* — puede escoger los manjares más raros y exquisitos, desde el *caviar* ruso á los nidios de golondrinas chinos; desde el jamon de Westfalia á los dátiles legítimos de Berbería en preciosas cajas; desde el vino de Tockay al de Siracusa, y el Champagne de la viuda Cliquot al Burdeos de primera.

Nadie ha logrado reunir tal abundancia de artículos de diferente especie como Prast; y de ahí la boga de que disfruta entre el mundo elegante, pues hasta Sus Majestades se surten casi exclusivamente de la célebre tienda de la calle del Arenal.

Peró todavía no se sabe si habrá muchas cenas aristocráticas el 24 de Diciembre; áun se ignora si la *high life* saldrá de su retraimiento y hará que aquella célebre noche sea memorable por sus reuniones y fiestas.

Diferentes causas explican y motivan la escasa animación de la corte de las Españas durante el invierno actual: «los negocios» — segun dicen los comerciantes y banqueros — no marchan; los temores al cólera — y los casos de esta epidemia en algunas naciones de Europa — han influido desastrosamente en toda clase de especulaciones: son infinitas las familias que han sufrido pérdidas considerables en las obligaciones de la casa de Osuna y por la baja de los fondos públicos; todo esto reunido contribuye á que la situación del país no sea próspera, y á que cada cual guarde y reserve su dinero.

Hasta ahora no ha habido un solo gran sarao, y sólo Dios sabe cuando lo habrá.

Ni las casas particulares, ni las legaciones extranjeras dan señales de vida; y únicamente se baila los viérnes por la tarde en el hotel de los Condes de Reparáz, y se bailará desde el próximo domingo — por la tarde igualmente — en casa de la Condesa de Berlanga de Duero.

Se anuncian, es verdad, las reuniones nocturnas de los Condes de Rascon, de los Sres. de Santos Suarez, y de algunas otras personas; pero ¿quién puede decir cuándo se realizarán?

El jóven é inspirado poeta Cavestany, que — aunque usted se asombre, es ya millonario — promete tambien, para más adelante, una fiesta; y conocidos su buen gusto y esplendidez, no es aventurado profetizar que será brillante.

Añádese que en la Legación de Portugal se darán asimismo, en breve, *petites sauteries*, y que el Ministro de Italia, unido á una española, se propone seguir el ejemplo en cuanto se halle concluida su instalación en su nueva morada del barrio de Argüelles.

Bodas, muchas bodas siempre: hoy «se han tomado los dichos», segun la frase vulgar — ó se han firmado los esponsales, en estilo jurídico — entre la linda hija de los Condes de Heredia-Spinola y el Conde de la Corzana.

La ceremonia del matrimonio tendrá efecto el 29 del corriente por la noche, con pompa y solemnidad, asistiendo á presenciarla numerosos convidados.

La gentil novia ha recibido ya gran cantidad de valiosos regalos, así de su futuro esposo como de sus deudos y amigos.

El primero le ha enviado, entre otras cosas, tres ricos vestidos con soberbios encajes, y una magnífica corona conal; sus padres, un aderezo de brillantes y perlas, de exquisito gusto y notable valor; la Marquesa de Arenales, otro de iguales piedras, y los Marqueses de Alava, un tercer aderezo en que los zafiros y los diamantes combinados producen el mejor efecto.

Háblase de varios enlaces recientemente concertados: en el número, el de la hija mayor de un opulentísimo Conde y el primogénito de una excelsa señora; del de una bella viuda y un general distinguido, y de dos ó tres más á que no es prudente siquiera aludir.

Me contentaré, pues, con decirle á V. que el 10 de Enero parece ser la fecha señalada para que reciban la bendición nupcial la hermana del Duque de Ahumada y el descendiente de los Condes de Fuentes, y que poco más tarde la

recibirán la señorita de Mitjans, hija de los Marqueses de Manzanedo, y el Sr. D. Jaime Silva, hijo de los Duques de Aliaga, al cual ceden éstos, como creo haberle ya participado, dos de los ilustres títulos de su casa: los Duques de Lécera y de Bournonville.

El capítulo de teatros ofrece más interes que el de salones, pues durante la última quincena no han faltado las novedades ni los sucesos afortunados.

En primer lugar diré á V. que el regio coliseo vuelve á ser lo que ha sido siempre: — el punto favorito de reunion del gran mundo.

La *reapertura* del abono ha producido resultados favorables; los disidentes, en su mayoría, han tornado á abonarse; la platea se ve muy poblada y en el paraíso no se cabe la mayor parte de las noches, no advirtiéndose ya en la atmósfera el espíritu de hostilidad que reinaba al principio.

El Conde de Michelena, el flamante empresario, se muestra animado del deseo de complacer al público, y éste corresponde á tales disposiciones con su benevolencia.

Madame Fides Devriès nos ha abandonado, despues de alcanzar sus más gloriosos triunfos en las representaciones de *Rigoletto*.

En la de despedida el tablado se cubrió de flores, y la egregia artista fué objeto de calorosas y repetidas ovaciones.

No tuvo tan buena suerte un tenor llamado Clodio, que se hizo oír en *Aida*, y no creo vuelva á aparecer en la escena de la plaza de Oriente.

En *La Africana* se presentó otro, el Sr. Catarselli, y la acogida fué todavía peor.

Verdad es que el auditorio se mostró con él cruel y despiadado desde el principio, hasta tal punto, que el pobre *debutante* perdió, no sólo la serenidad, sino hasta la voz; de modo que en el famoso duo del acto cuarto con Selika apenas se le oía.

Ahora se anuncia otro cuarto ó quinto tenor, el *signor* Signoretti. — ¿Será más afortunado que sus predecesores?

La Boulichoff es quien consiguió un señalado triunfo en medio de aquel terrible desastre, pues logró ser muy aplaudida en el duo con el tenor — si puede llamarse *duo*, puesto que lo cantó sola — y en el aria final del *partitto*.

Los dos hermanos Echegaray han conseguido dos victorias en dos días consecutivos: el mayor, en el teatro Español, con el drama *La Peste de Otranto*; el menor, en el de la Comedia, con la titulada *¡Sin solución!*

Usted sabe, porque varias veces se lo he dicho, que el género cultivado — creado podría decirse — por el eminente dramático, no merece mis simpatías.

He hecho siempre justicia á su clarísimo talento, á sus dotes de imaginación, á su instinto maravilloso, á su facilidad admirable; pero no he participado nunca del entusiasmo producido por sus obras, ni he contribuido á las ovaciones que las han acompañado.

La Peste de Otranto es, sin embargo, la ménos violenta, la ménos exagerada de todas ellas; y por la sencillez del argumento y lo poco complicado de la acción, no fatiga como otras el entendimiento de los espectadores.

Inútil es añadir que el éxito fué grande: años atras, el ingenioso periodista que se esconde bajo el pseudónimo de *Fernanflor* apostó que, por sus atrevimientos, por sus licencias, y á pesar de su genio, sería silbado algun día el Sr. Echegaray.

Desde entónces ha pasado mucho tiempo, y no se ha cumplido la profecía del popular escritor.

Los dramas de Echegaray gustan más ó ménos, y son más ó ménos combatidos por la crítica; pero todos tienen próspera y favorable suerte.

Vico y la Cirera han contribuido poderosamente á la de *La Peste de Otranto*, no solamente con su talento, sino con su celo y su interes.

¡Sin solución! es una hábil é intencionada defensa del divorcio: — el autor, sin embargo, es soltero.

Escrita con la incorreccion usual en el Sr. Echegaray, abunda en escenas y en situaciones de efecto, y llega á su fin sin tropiezos ni dificultades.

El fecundo autor ha conseguido sin esfuerzo el objeto que se proponía, á lo cual han cooperado eficazmente tambien los intérpretes de la obra.

La Mendoza Tenorio, la Martinez, la Rodriguez, Mario, Cepillo, Rosell y Rubio forman un conjunto armonioso y bellissimo.

Los restantes coliseos no han ofrecido nada que merezca alabanza, ni siquiera mencion: Apolo y la Zarzuela vegetan, aguardando el primero que la subvencion del Gobierno le saque de apuros; confiando el segundo que *Los Fusileros*, produccion de Pina Dominguez y Barbieri, le salve de la ruina.

Si mi buen deseo pudiese mejorar la triste situación de ambos, en el instante tendrían término sus afanes.

Los que viven, prosperan y ganan dinero son Lara y Variedades: — sus pequeñas salas están siempre llenas, y las piececillas que se representan logran fácilmente buen resultado.

Lara tiene dos noches de moda á la semana: — lúnes y viérnes; — para Variedades todas son iguales, porque en todas ve ocupadas por el público sus localidades.

El papel se acaba, mi buena amiga, y no me queda sino el preciso para repetirme su apasionado y fiel amigo

EL MARQUÉS DE VALLE ALEGRE.

PRACTICAS SOCIALES

POR

MARIO HALKA.

(CONTINUACION.)

RENÉNESE á los niños á dar las gracias á sus criados por cualquier servicio que presten. No se les permita familiaridades con ellos, y si bien debe acostumbrarse á que transmitan las órdenes de sus padres, se ha de evitar el que las den por sí mismos, pues no llegando su inteligencia á comprender lo que deben mandar, originan no pocos disturbios.

Si no se debe permitir que los niños manden por sí mismos á los criados, tampoco se dejará que éstos los tuteen y los nombren sin anteponer el calificativo de *señorito* ó *señorita* cuando hablan de ellos.

La dificultad con los criados es conservar un justo medio entre la familiaridad y el desden.

Aunque hay el derecho de hacer abrir el baul del criado despedido, preferible es no usarlo, puesto que en él no habría de hallarse nada, aún cuando se lo hubiese llevado todo.

No se miren con indiferencia las disposiciones gubernativas respecto á los sirvientes. Si aquéllas exigen que tengan cartillas personales, no se les admita sin ellas, y á la salida anótese la fecha en que tiene lugar.

Al admitir un criado, prevéngase que no se le permitirán visitas de sus amigos, tolerándose únicamente las de las personas muy allegadas de su familia, que habrá de presentar la primera vez para conocerlas.

Cuando se casa un criado que lleva muchos años en la casa, y suplica á los amos que apadrinen la boda, éstos deben hacerlo, bien por sí mismos, bien por medio de representantes. En el primer caso, no asistirán más que á la ceremonia de la iglesia, volviendo inmediatamente á su casa, sin consentir en pasar á la de los novios, en que estará el refresco. Unos días antes de la boda, ó algunos después, irán á ver cómo tienen arreglada su habitación, para la que les habrán regalado algunos objetos.

Como los criados tienen que estar bajo la dirección del ama de la casa, es frecuente el que los que han servido al amo en su época de *soltería* no se amolden á las costumbres ordenadas á que se ven sujetos, y para la paz futura es preferible procurarles otro buen acomodo y prescindir de sus servicios.

Al hablar de los criados, bueno será decir algo respecto á los porteros cuando se habitan casas alquiladas.

Con los porteros es una necesidad el estar en buena armonía.

Para ello se les gratificará lo más que se pueda y se les hablará lo menos que sea posible.

A los criados se les impondrá como condición el ser deferentes y atentos con los porteros, pero no pararse nunca en la portería.

Cuando por despedir un criado se necesite un sustituto interino, no debe tomarse á los porteros para ello; búsqese en las agencias ó por otros medios. Es preciso que los porteros no estén interesados en que los criados se despidan con frecuencia, y no podrian menos de estarlo sabiendo que resulta de la salida de aquéllos un beneficio para ellos.

Como los porteros tienen por especial cargo el de la vigilancia de la puerta en particular, y el cuidado de la casa en general, no debe exigirse de ellos servicio alguno que los aleje de su puesto.

No se tuteará á los criados, porteros ni dependientes, á menos de no conocerlos de larga fecha.

En los tiempos en que el jefe de familia era como un segundo padre de todo aquél que de él dependía, esta confianza denotaba afecto. Hoy, que se ha ensanchado la distancia que separa al amo del criado—al menos en la parte de interes que tiene el uno por el otro—no hay razón para esa familiaridad; y lo extraño es que los que más usan de ella son aquellos que motejan en ocasiones el *tú* antes empleado por los monarcas para con sus súbditos.

Cuando los criados acompañen á las señoras ó señoritas, no se pararán á saludar á sus conocidos.

Los lacayos van siempre afeitados. Ningun criado de casa grande usa barba. El ayuda de cámara, jefe de comedor y criado principal llevan patillas.

II.

LA VECINDAD.

En cuestion de vecindades, en cada localidad hay sus costumbres diferentes. Nosotros nos ocuparemos, como en los demas extremos lo venimos haciendo, de las costumbres de la córte.

Los novios que se instalan en un piso no dan parte de su casamiento á los vecinos.

Cuando quieren tener trato con ellos, tanto los recién casados como cualquier otra familia que se muda, envía, una vez arreglada su casa, una tarjeta á cada piso, expresando en el sobre el nombre del inquilino á quien se destina, y añadiendo la palabra «y señora», ó «señora é hijos», ó «y familia», segun los porteros ó el administrador de la casa les hayan enterado de los individuos que la habitan.

Antes de cumplir esa formalidad se indagará la clase de personas con quienes va á relacionarse, pues es muy desagradable hacer conocimientos con aquéllas cuyo saludo quisiera evitarse despues de averiguados los antecedentes.

Si el vecino que recibe la tarjeta es gustoso en relacionarse con quien la manda, espera unos cuantos días, pasados los cuales le hace una visita.

Si no le placen las amistades de vecindad, devolverá inmediatamente otra tarjeta suya al nuevo vecino, con el que, sin embargo, al encontrarse en la escalera, cruzará un saludo.

En los casos—que no debieran ocurrir—de querer, no

sólo no tratarse, sino mirarse aún algo ménos que como extraños, ni se visita, ni se devuelve la tarjeta, ni se saluda.

Por más que no se traten los vecinos, cuando ocurra una desgracia á alguno de ellos se le envía una tarjeta de pésame, y si es cuestion de enfermedad grave, se inscribe en la lista, ó se manda recado para informarse del estado del enfermo, bajo cuyas habitaciones, así como en todas las que se hallen cerca, no se hará música ni se promoverá ruido alguno.

Un matrimonio enviará tarjeta de ambos (al mudarse) á los pisos ocupados por señoras solas y por otros matrimonios; pero á los habitados por hombres solos enviará las suyas el marido únicamente.

Antiguamente los vecinos constituían entre sí como una segunda familia, y al decir «*Es vecino mio*» por una persona, se suponía existir con ella una gran confianza. Hoy, que los carros de mudanza, la abundancia de casas y el afán de la novedad han facilitado las traslaciones de una á otra, en la prevision de una pronta marcha, se mantienen más alejados unos de otros.

La vecindad es siempre, y sobre todo en las largas noches de invierno, entre familias que no frecuentan el gran mundo, un elemento de agradable distraccion y recreo. Cuando se oye decir á una persona: «Tengo muy buena vecindad», es lo más frecuente que se le conteste: «Pues no se mudé usted.» Por aquella frase se comprende las ventajas que tal circunstancia le reporta, y sus amigos se las recuerdan con la suya.

Tan natural se cree en España el deber de ayudarse unos vecinos á otros, que hemos visto el caso de enfermar á media noche uno de los de la izquierda y acudir su familia á los de la derecha, con quienes no se trataban, y los cuales, viendo el mal estado del paciente, y arrojando el hielo de cruda noche de Diciembre, corrieron á buscar el médico, las medicinas y el cura, y últimamente, despues de dar los pasos para el entierro, hicieron cuanto les fué dable para dar colocación á dos de los siete hijos que le quedaron á la desgraciada viuda.

¡Y no eran más que vecinos!

En muchas fincas habitan uno de los pisos propietarios de ella, y pocas veces se tratan con los demas inquilinos. Débese este retraimiento al temor de que, así como cuando se tiene un amigo pintor se le pide una acuarela, cuando es un músico una romanza, cuando es un poeta un soneto, y cuando es un ministro un destino, temen, repetimos, el que, como caseros, se les pida una rebaja de alquiler, ó un blanqueo, ó una chimenea, ó un ascensor.... Y así como es factible obtener la romanza, el soneto, la acuarela y el destino, ¡el obtener de un propietario la renovación de un solo baldosin deteriorado es poco ménos que imposible!

Los caseros que ocupan una habitación tienen, sin embargo, los mismos deberes de cortesia para los inquilinos que los que éstos acostumbran guardarse entre sí.

III.

LAS VISITAS.

En los primeros momentos, un matrimonio *enamorado* toma tácitamente la resolución de no tratarse con nadie. Pasado algun tiempo, recuerda que tiene algunos amigos queridos, á quienes debe hacer testigos y participes de su felicidad. Más tarde piensa que, aunque no para sí, debe sostener ciertas relaciones sociales que le dé en su día facilidad para proteger á otros, y finalmente, llega una época en que le parece que, para tener algo que contarle, algunos hechos que le sirvan de argumento en sus conversaciones, no cabe mejor medio que el de frecuentar las amistades de ambas familias.

Llegado á este punto es cuando los novios dan parte de su casamiento, y por esto no ponemos un término fijo para llenar esta formalidad.

Cuando el nuevo matrimonio lo determina, pasan la esquila de parte de boda, unida á otra de los padres del novio y otra de los de la novia.

La redaccion varía poco de un año á otro, y los mismos litógrafos se encargan de enterar de la moda que rige á los que van á encargarse. En la de los novios se ofrece al mismo tiempo la casa.

Volveremos á ocuparnos de estas formalidades en el capítulo que hemos de dedicar á tales prácticas.

Ya hemos dicho cómo han de recibir los criados; añadiremos ahora que, cuando entra una visita, si viene una señora, la de la casa se adelantará á recibirla, y si no tiene sitio junto al en que ella se hallaba, la conducirá á otro y ella se sentará á su lado.

Aunque la moda de las presentaciones tiende á decaer, evita tantas distracciones é imprudencias, que se resiste su desaparicion por todas aquellas personas cuyas casas son centros donde se reúnen otras de diferentes matices y condiciones.

En caso de presentación, que, como hemos dicho, es siempre conveniente, la señora hará la de los recién llegados en esta forma:

«Los señores de N.»

Y luego hará lo propio, diciendo los nombres de los que ya estaban á los nuevos visitantes.

Si el criado ha anunciado los de éstos á su entrada en la sala, no hay necesidad de repetirlos, y la señora se limita á decir los de aquéllos.

Una señora no se levanta cuando entra un caballero. La de la casa se incorpora al saludarle é indica con un ademán un buen sitio para que se siente, no debiendo ser el de su lado, que reservará á las señoras. Le hará luego otro signo que venga á sustituir la frase:

«Deje V. el sombrero.»

Pero en visita de ceremonia, el caballero lo conservará en la mano.

La señora conducirá á las damas, cuando se retiren, hasta la puerta de la sala, no haciéndolo más lejos para no desatender á las que se quedan. El marido las acompañará

hasta la puerta de salida. Cuando es un caballero el que se marcha, la señora no se levantará, y su marido es el que le hará los honores.

El criado no faltará nunca de la antesala para abrir la puerta.

El acompañar una visita hasta la puerta de la escalera y tener con ella una de esas interminables *postdatas* que se estilan entre personas muy desocupadas, da lugar á que los que permanecen en el salon se disgusten con motivo.

En algunas casas se ha adoptado la moda extranjera de dedicar un día á la semana para recibir; pero, dado nuestro carácter y nuestras costumbres, sólo obtiene buena acogida entre los que viven á la francesa.

«¿Recibe el lunes? Pues iré el martes, ó cuando pueda.»

Esta frase la hemos oido con frecuencia repetida.

Sin embargo, para los que salen mucho y quieren, á pesar de ello, ver á sus amigos, el quedarse un día en casa significa mantener las relaciones propias y estrechar las de sus conocidos entre sí, como sucede viéndose siempre en el mismo círculo.

A los que tienen poco personal para el servicio suele tambien convenirles, porque es fácil prescindir un día de algunos detalles de interior de casa, para que se dediquen á recibir bien á los que la visitan.

El ama de casa debe procurar que la conversacion no decaiga, pero no por eso hará el gasto de ella, sino que elegirá preguntas que den lugar á que las demas personas conversen. El arte de hacerse agradable en su propia casa no consiste sólo en complacer los deseos de los que la frecuentan, sino en hacer ver á éstos el interes que inspiran, y por lo mismo un ama de casa debe hablar poco de sí misma ni de su familia.

Mi marido, mis padres, mis hijos, mis cuadros, mis intereses, mis desgracias.... no deben ocuparla sino en casos especiales, y cuando á su vez se halla en los salones de sus amigos.

Evitará discusiones vivas, así como el amo de la casa, que al recibir á sus amigos no debe contrariarlos ni darles motivo á que se disgusten.

Tendrán ambos cuidado de que no se murmure, ni se viertan ideas y conceptos equívocos acerca de las personas que van saliendo de la sala.

Cuando se marcha una señora, todos se levantan.

La ocasion más oportuna para terminar una visita es cuando llega otra. Esto en el caso de que el que ha entrado antes lleve ya más de ocho ó diez minutos en la casa. Si el que entra es conocido del que va á salir, éste puede detenerse unos minutos más.

Cuando se reúnen personas que por cualquier motivo guardan entre sí tirantez de relaciones y aún profundos resentimientos, y los amos de la casa son sabedores de ello, habrán de sostener éstos conversaciones animadas y de interés general, con el fin de salvar la situación violenta de los visitantes. Sería inoportuno el inmiscuirse en sus asuntos, ni tratar de llevarlos á una avenencia, en los momentos de una visita ceremoniosa.

Nunca se recibirá de bata. Antes de la hora del almuerzo vestirá la señora el traje de interior. Si se tiene día marcado para recibir, se vestirá como para la calle, salvo el sombrero ó mantilla, que no ha de ponerse.

Los guantes, que eran hace poco de absoluta necesidad, están ya un tanto olvidados, y modernamente se aconseja su supresion para esta circunstancia. Hoy por hoy, se ponen mitones largos.

La señora que recibe da la mano á todo el que entra.

La que va de visita no la da sino á las personas que conoce.

Los caballeros no dan tampoco la mano á una señora hasta que ésta le alargue la suya.

Las señoras no dan la mano á un sacerdote, á menos que él tome la iniciativa.

Al entrar en la sala se va directamente á saludar á la señora de la casa; luego se mira en derredor y se saluda á los que se conoce.

Los padres que tengan un *peloton* de niños deben fraccionarlos, y no ir á visitas acompañados de varios de ellos. Es difícil para los que reciben poder atender á todos, y si no están aquéllos perfectamente enseñados, los dueños de la casa apenas pueden escuchar á los concurrentes, por hallarse ocupada su vista y su imaginacion y todos sus sentidos en los movimientos y travesuras infantiles, que les hacen temer la destruccion de los preciosos objetos colocados en las pequeñas mesas.

Para devolver las visitas se dejará pasar más ó ménos tiempo, segun el grado de confianza con que se trate á las familias á quienes se ha de ir á ver.

En la córte son muy indulgentes respecto á ese punto. Se visita cuando se puede, y muy rara vez se puede pronto; de modo que, no habiendo intimidad, y queriendo sin embargo ser bien cumplidos, se vienen á pagar á los cuatro ó seis meses de recibidas. Si hay muchas relaciones, se visitan cada año, y no por eso se considera que haya motivo fundado de queja.

En la primera visita se permanece los momentos que se considera no se hacen pesados á una ni otra parte. No deben exceder de veinte minutos; pero pueden llegar á quince.

La repeticion de las visitas depende de la mutua simpatía. Hay familias que se están visitando veinticinco ó treinta años, y se encuentran en el último en el mismo grado de confianza que lo estuvieron en el primero. Estas se han tratado, como puede expresarse con la frase usual de «visita hecha, visita pagada.»

Otras, en cambio, llegan en poco tiempo á contraer una buena amistad. Por esto no puede darse regla fija respecto á la repeticion de las visitas. Conviene tener un libro-registro para éstas, y anotar si se está en deuda, ó si se ha cumplido con ellas.

Entre personas de confianza no se guarda turno para verse, y el que dispone de más tiempo es el que más visita.

Cuando bajo cualquier pretexto se recibe una visita de un solo individuo de una familia, y este individuo no es el más caracterizado de ella, no se está obligado á la devolu-

cion. Por ejemplo; una familia á quien se ha dado parte de boda envía un hijo soltero, que hace algunas protestas de que las ocupaciones no han permitido ir á sus padres á cumplir con aquel deber, etc., etc. En este caso, la señora no irá á ver á aquella familia, y el marido se limitará á dejar una tarjeta al hijo, despues de algún tiempo.

La moda de dejar tarjetas dobladas, aunque se hallen en casa y reciban las personas con quienes se va á cumplir, es ilógica y vanidosa; pero la consignamos sin acertar á dar una regla fija de los casos en que se emplea ese procedimiento.

En la corte está ya muy en uso que los criados digan á los que van á hacer la visita: «Los señores no reciben.» De modo que al preguntarles, en vez de hacerlo con la frase de: «¿Están los señores?» se dice ya: «¿Reciben los señores?» para evitarse el oír: «Sí, están; pero no reciben.»

Esta costumbre no puede ofender, porque los dueños de la casa ignoran qué personas van á ir á verles aquel día, y hay que suponer que, si hubieran sabido cuáles eran los que acerbaban á llegar en aquellos momentos, no hubieran dado semejante orden.

Los que viven en pisos altos dirán su salida al portero, para que éste lo advierta á los que se disponen á subir, por si quieren evitarse la molestia y dejar sus tarjetas en la portería. Cuando hay ascensor en la casa, no hay necesidad de que hagan esta advertencia.

Es ridículo que cuando se preguntá por los señores conteste el criado que ignora si están y que va á enterarse, pues da lugar á que se sospeche que á lo que va es á anunciar quién aguarda y á saber si les conviene ó no recibirla. Esta inconveniencia sube de punto cuando hay en la casa una sola sirvienta que pretende ignorar si su ama se encuentra en aquélla.

En una casa bien ordenada el criado encargado de abrir la puerta debe tener órdenes precisas.

El que llega de un viaje espera á que le vengán á ver sus amigos, y en esto difiere nuestra costumbre de la de los demas países. En otros, el que llega — que es el que, en definitiva, sabe que ha llegado — cuando ha descansado va á ver á sus amigos.

Aquí, al contrario, los espera, y se dan muchos casos de que los que habitan en provincias y vienen á pasar unos meses á la corte, se vuelven sin haber visto á sus amigos, porque éstos han ignorado su estancia en ella. Los que viven en Madrid no guardan tales etiquetas, y van á ver, á la vuelta de sus viajes, á las personas de su confianza, sin esperar el turno.

Cuando se queda un día á la semana, cuidará la señora de la casa, si es invierno, de que estén las habitaciones bien abrigadas. No se hará esperar desde el anuncio de la primera visita.

El que espera, por su parte, puede sentarse, pero no curiosear, tocando los objetos que estén á su alcance. No abrirá álbums, ni cajas, ni periódicos.

Cuando se va á llamar á la puerta de la escalera, aun cuando se halle entreabierta aquélla, se tirará del llamador y se aguardará á que venga un criado.

La señora que recibe dejará aparecer á sus niños en la sala cortos momentos. Si es una familia numerosa, no vendrá toda á un tiempo á saludar al recién venido, ni tampoco irán saliendo uno á uno todos los individuos de que se compone, obligando á levantarse siete ú ocho veces al que visita. Lo mejor es que alternen en su presentación á las visitas, esto, naturalmente, tratándose de las de ceremonia.

La persona que se halle sentada al lado del ama de la casa cederá su puesto á la que entre despues de ella; pero si no lo aceptase, no insistirá; los cumplidos reiterados, sobre ser molestos para quien es objeto de ellos, han pasado ya de moda.

Cuando hay mucha concurrencia, sólo presentará la señora los que vayan entrando á los que á ella se hallan más próximos.

Los hombres conservan en la mano el sombrero durante la visita. En las casas que se recibe con etiqueta, dejan el baston en la antesala — donde quedan en todo caso los abrigos y paraguas.

Las señoras entran con sus sombrillas; pero los paraguas los depositan, al entrar en la casa, en mano del criado.

Los caballeros tiran el cigarro antes de entrar. A no ser en visitas de gran confianza, y cuando el amo de la casa les invita á ello, no se permitirán fumar.

Tampoco irán con su perro á las visitas.

Cuando entra una señora, todos se levantan. No así cuando entra un caballero, para el cual sólo se levantarán los hombres, á diferencia de la costumbre alemana, que prescribe en este caso á las señoras el levantarse.

Se procurará no ausentarse de la sala cuando se está recibiendo; pero si algún asunto preciso lo reclama, se excusará con los visitantes y se volverá lo antes posible.

En las casas de trato llano hay aquel:

«Señora, ¿hace V. el favor de salir?», con que una sirvienta viene, tal vez sin necesidad, á interrumpir una conversacion interesante.

Estas llamadas, de mal efecto, debe la señora prohibirlas, á no ser en caso de verdadera urgencia.

Mientras se recibe, ni se leerá, ni se ocupará la señora de trabajo alguno, á no ser que fuese absolutamente necesario, en cuyo caso se excusará de un modo amable con el que visita.

Las visitas no deben hacerse ni antes de las dos ni despues de las seis. En el primer caso, se supone que están en los arreglos de la casa y de sus personas, y en el segundo, que se hallan próximos á la comida.

Cuando es uno invitado á reunion ó comida en una casa en la cual nunca se ha estado, se hace una visita antes del

día en que aquélla ha de tener lugar, y se vuelve al siguiente en que se ha asistido, y si esto no es posible, en los tres primeros días.

Las niñas quedarán en la antesala con los niños pequeños, cuando su madre no pueda prescindir de ellos al ir de visita. Únicamente entrarán en la sala si los dueños de la casa forman empeño en ello, y en este caso, si saben andar solos, la niñera se retirará despues de haberlos entrado.

(Se continuará.)



Paris, 16 de Diciembre.

Reina actualmente una gran actividad en el campo de la moda. Vense á cada paso lujosos carruajes parados á la puerta de las notabilidades de la costura ó del tocado.

El teatro de los Italianos tiene el privilegio de la exhibicion de los trajes de *soirée*. El Bosque de Boulogne, las exposiciones, las visitas más ó menos ceremoniosas, son el terreno en que se lucen los trajes de día ó de calle.

Principiaré por los trajes de *soirée*. Estos vestidos son todos claros, altos ó escotados; el blanco es la nota que domina. Para el teatro á que me refiero, y para la Opera, en los días de abono, los trajes se diferencian completamente de los adoptados para los demas coliseos de Paris, donde el color negro constituye la elegancia.

Por otra parte, á la salida de la Opera y de los Italianos los trajes se ven perfectamente, razon por la cual no es lícito á las reinas de la moda el vestir antiguos trajes de baile, que, despues de todo, difieren bastante del vestido de teatro. En éstos el corpiño va muy adornado, mientras que para baile y grandes recepciones son la falda y la cola las que deben producir más efecto.

Los vestidos de encaje blanco, con corpiño alto de encaje y corpiño de debajo escotado, son la gran moda del momento. Los corpiños de terciopelo claro, color de cielo ó de rubí, ó bordados de oro, de flores de seda ó de cuentas de acero, son muy elegantes.

Llévanse tambien unos corpiños de tul bordado de cuentas, enteramente altos, con un corpiño de debajo escotado.

No se permiten para teatro otros tocados que los de baile: es decir, flores, encajes ricos, diamantes y otras piedras preciosas.

Los abrigos que sirven de salida de teatro son casi todos de felpa clara ribeteada de pieles, ó de telas bordadas guarnecidas de pieles. —Grandes mantillas de encaje de lana blanco envuelven la cabeza.

Aun cuando no acostumbro describir los trajes de las actrices, por ser, en general, caprichosos y, por consecuencia, difíciles de imitar, haré una excepcion en favor de la Sembrich, célebre cantante polaca, que ha cantado la *Traviata* en el teatro Italiano, obteniendo un verdadero triunfo, tanto por su voz maravillosa, como por su talento escénico. Hé aquí los trajes que sacó en la dramática ópera de Verdi, trajes que eran obras maestras de las principales modistas de Paris:

Primer acto: Vestido de raso color de rosa, salpicado de palmas de cuentas blancas, con volante ancho, bordado de cuentas. Cola larga de otomano color de rosa, de mucho vuelo. En el delantero del corpiño, un bordado igual, y luégo, partiendo del hombro y pasando en forma de zigzag por todo el delantero del vestido, una guirnalda de rosas de un efecto admirable, y rosas iguales en los cabellos.

En el segundo acto: Vestido de recibir, hecho de moaré azul pálido; la espalda, con pliegues largos formando cola de moaré. Todo el delantero de crespón de la China, del mismo azul, con encajes y lazos flotantes de cintas de color crema y rosa.

En el tercer acto: el verdadero vestido de la Dama de las Camelias. Vestido de raso blanco. Todo el delantero iba sembrado de camelias blancas. Espalda y cola de brocado blanco, con un rizado muy espeso de tul. Camelias en el corpiño, camelias en los cabellos y diamantes, pero diamantes que deslumbraban todo el teatro: collar de tres hilos; pendientes en forma de peras; brazaletes y ramos, todo de diamantes, verdaderos y puros como los de una reina.

Por último, en el cuarto acto la eminente artista presentóse en bata, pero una bata ideal, toda de encaje, con vestido persa por encima, de un blanco de azucena, y que se parecía algo por su forma á esta poética flor.

Si hemos de dar crédito á los augurios, el vestido de baile equivaldrá este año á una fe de bautismo: corto para la juventud (señoritas y señoras jóvenes); semilargo para la edad mediana (de treinta á treinta y ocho), y enteramente largo para las señoras que van al baile con el propósito de no bailar. En una palabra, el largo del vestido seguirá el curso de los años, aumentando al par que el número de éstos.

Para las *soirées dansantes*, que no tienen positivamente el carácter de bailes, se emplearán mucho los nuevos *velos*, que son más ligeros que los antiguos, los crespónes del Japon y los crespónes ingleses, que se hacen este año mucho más transparentes que antes.

Para los vestidos de baile, los tules bordados, color moreno ó color crema, los tules lisos y el crespón de Lion, que irán dispuestos en bandas, *paniers* y *poufs*, sobre toda clase de sedas, como el *surah*, la faya, el tafetan, y todas las variedades del raso.

Finalmente, los galones de oro ó de plata, los flecos ligeros y musgosos, mezclados de oro, los lazos de cinta y las guarniciones de plumas, con puntas doradas ó adiamantadas, todo esto se empleará como adornos de los vestidos de baile, segun su grado de lujo y de elegancia.

VIZCONDESA DE CASTELFIDO.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.793.

(Corresponde á las Señoras Suscriptoras de la 1.^a y 2.^a edicion.)

TRAJES DE BAILE Y SALIDA DE BAILE Y TEATRO.

Núm. 1. *Traje de tul y raso brochado verde agua.* Fondo de falda de tafetan, cubierta de tres volantes de tul plegado. Banda de raso brochado, sujeta en el lado derecho con dos ramos de miosótis. Cola larga de raso brochado, montada en la cintura mucho y formando pliegues. Corpiño de raso brochado. Los delanteros forman coraza y llevan una costura á lo largo. El corpiño termina en punta, descubre las caderas y va enlazado en la espalda. Ramo en la izquierda, cerca del hombro.

Salida de baile y teatro, de terciopelo verde musgo, con bordados antiguos de hilo de oro y plata, y de colores semejantes á los mantos reales de la época de Francisco I. La parte de la derecha cruza sobre la de la izquierda, y ambas descienden para formar dos paños cuadrados. Un golpe de pasamanería de los mismos colores del abrigo va puesto en el punto donde éste se abre. La espalda se compone de dos piezas. La manga lleva una pinza en la sangría y va un poco levantada en los hombros. Borlas de pasamanería en las puntas de las mangas. Esta salida de baile va completamente forrada de piel de cordero de la China, que sobresale por los bordes. Cuello muy alto y vuelto de la misma piel. Como tocado, una peineta grande de concha, que sujeta un ramo y deja la nuca muy descubierta.

Núm. 2. *Traje de terciopelo color de fuego y crespón de la China bordado.* Fondo de falda, de faya encarnada, terminada en un bias ancho de terciopelo. Corpiño del mismo terciopelo. Los delanteros, muy escotados en redondo, se abren sobre un peto sumamente estrecho de crespón de la China bordado. Unas correas de terciopelo con hebillas de plata cierran el corpiño de derecha á izquierda. El lado derecho forma una falda redonda de terciopelo enteramente lisa, que va á unirse á la cola con una costura detras de la cadera. Esta falda llega justamente hasta el centro del delantero, y va continuada por otra falda de crespón de la China, bordado de rosas marchitas, cuya falda va guarnecida de un volante ancho de encaje de Valenciennes. Esta falda va recogida cerca de la cadera izquierda bajo un enorme ramo de rosas té y encarnadas, que continúan formando guirnalda sobre el *pouf*. El corpiño forma en la izquierda una aldetá redonda, muy corta, que viene á formar por detras una cola bastante larga. La espalda es de corte princesa. Una solapa ancha de crespón de la China bordado rodea el escote del corpiño. Una cinta de terciopelo encarnado rodea el cuello y va á anudarse en la izquierda bajo una rosa té.

Es suficiente enviar las medidas exactas á **Mmes. de VER-TUS, 12, rue Auber, PARIS**, para recibir de esta célebre casa un corsé de corte y elegancia irreprochables. — *Desconfíese de las falsificaciones.*

Gotas concentradas para el pañuelo. — **E. COUDRAY**, perfumista, 13, rue de Enghien. Todos estos perfumes, de cualquier clase que sean, como se hallan concentrados en un volumen reducido, exhalan aromas exquisitos, suaves, duraderos y de buen gusto. — Medalla de oro y cruz de la Legion de Honor en la Exposicion Universal de Paris. (Véase el anuncio en la cubierta.)

«*Hunganshall Park Tumbridge Vals-Londre.* — Mi esposa toma cada día de un modo regular doce gotas de **Hierro Bravais** á cada comida, dosis ordenada por el médico, lo cual le ha causado el mayor buen efecto. De debilitada que estaba hace dos meses, ha llegado ahora á estar fuerte, robusta y capaz de hacer sin fatiga largas caminatas. H. Godfrey.»

En todas las farmacias. Exigir la firma **R. Bravais**, impresa en rojo.

ADVERTENCIA.

El Administrador de LA MODA ELEGANTE suplica de la manera más encarecida á las Señoras Suscriptoras cuyo abono termina en fin de este mes, y deseen continuar favoreciéndonos, tengan la bondad de pasar el aviso para la renovacion del mismo con toda la anticipacion que les sea posible. Este ruego obedece al deseo de evitar á nuestras abonadas la contrariedad de experimentar retraso en el servicio del periódico al dar principio el nuevo año, época de la mayor aglomeracion de trabajos en estas oficinas.

Es de la mayor conveniencia, para evitar errores, que á la órden de renovacion se acompañe una de las fajas, impresas ó manuscritas, con que se recibe el periódico, ó á falta de ella, que se exprese con toda claridad *el nombre de la Sra. Suscritora, la edicion á que desea suscribirse, punto de su residencia, provincia á que éste corresponde y señas del domicilio.*



2151

Jules David
Paris, Aug. 2. Godehaus & Comp. (F. Godehaus, 1893.)

Reproduction interdite

A. Godehaus
A. Godehaus, 111, Paris.

Nº 1793

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Carretas, 12.

MADRID

*Perfumeria de lujo. Guerlain, 15. r. de la Paix, Paris.
Faja Regente 13. y Corse. Ana de Austria de M^{tes}. de Vertus, 12. r. Auber, Paris.*



PERIÓDICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS DE COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLIII.

MADRID, 30 DE DICIEMBRE DE 1884.

NÚM. 48.

SUMARIO.

1. Traje de faya, encaje y terciopelo para *soirée* y teatro.—2. Abanico de plumas.—3. Abanico de seda.—4. Abanico de encaje.—5 y 6. Arandela para lámparas.—7. Encaje de guipur sobre red.—8 y 9. Dos cenefas de guipur sobre red.—10. Vestido de lana guarnecido de galones.—11. Traje para niñas de 10 años.—12. Traje para niños de 8 á 10 años.—13. Blusa de paño y terciopelo para niños de 4 á 7 años.—14. Traje para niñas de 7 años.—15. Traje de recibir para señoras jóvenes.—16. Traje para niñas de 8 años.—17. Vestido de recibir.—18 á 26. Trajes de baile, *soirée* y teatro.

Explicacion de los grabados.—Las Fiestas de Navidad en la Edad Media, por D. Juan Cervera Bachiller.—Vorreí morirel, traduccion del italiano, por D. Miguel de la Riva y Quintas.—Los Bailes de trajes, por D. E. de Lustonó.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Explicacion del pliego de dibujos.—Explicacion del figurin iluminado.—Suelto.—Soluciones.—A nuestras Sras. Suscriptoras.

Traje de faya, encaje y terciopelo para «soirée» y teatro. Núm. 1.

El corpiño, de terciopelo negro escotado en punta, se compone de dos plegados de encaje negro, que se reúnen un poco más arriba de la cintura. A la aldeta del corpiño van unidos tres plegados de encaje sobrepuestos, que se continúan, formando una guarnición á cada lado de la falda. Esta es de faya color de rosa pálido, y va apuntada con una multitud de florecillas. Un bullonado de faya color de rosa pálido guarnece el borde inferior de la falda. Cola de terciopelo negro. Una guirnalda de flores, fijada en el hombro izquierdo, guarnece el delantero del corpiño y se fija en la cadera derecha. Mangas muy cortas, formadas por un plegado de encaje. Collar de terciopelo negro.

Abanico de plumas.—Núm. 2.

El varillaje de este abanico es de madera que imita la concha. Las varillas llevan unos adornos dorados. La parte superior de cada varilla va guarnecida de plumitas color marrón y blancas. El borde superior del abanico se guarnece de plumas de avestruz de 11 centímetros de largo. Cordones y borlas de seda marrón.

Abanico de seda.—Núm. 3.

El varillaje de este abanico es de madera negra barnizada, y va guarnecido con adornos de plata. El abanico, forrado de satinete negro, va cubierto en parte de seda negra, y en parte de raso gris. Se le adorna con flores pintadas de color gris de varios matices. Borla de seda gris.

Abanico de encaje.—Núm. 4.

Las varillas exteriores y la parte inferior de las interiores de este abanico son de nácar verde. Cada varilla va guarnecida de otra de madera calada, que sirve para sostener el encaje que cubre el abanico, cuyo encaje descansa sobre un pedazo de granadina negra. En el fondo de granadina va pintada una guirnalda de flores.

Arandela para lámparas.

Núms. 5 y 6.

Se hace esta arandela con un pedazo de cañamazo fino, de 21 centímetros en cuadro. Su contorno exterior va adorno-

nado con una cenefa hecha en líneas dentadas con felpilla azul de cuatro matices y felpilla color de rosa, encarnada y color de aceituna, despues de lo cual se la borda al punto ruso y punto de cruz con hilillo de oro. El dibujo 6 representa un pico de la cenefa y su ejecucion. Despues de terminar este bordado, se cubre el fondo de cañamazo no bordado con felpa color de cobre. Se guarnece el borde ex-

terior de la arandela con tiras de la misma tela, de 2 1/2 centímetros de ancho. Se la forra de raso y se la rodea de un cordón grueso de seda, adornado de pompones y dispuesto en presillas en los cuatro picos de la arandela.

Encaje de guipur sobre red.—Núm. 7.

Este encaje, cuyo fondo es de red ordinaria, va bordado al punto de espíritu, punto de zurcido y punto de lienzo. Los bordes del encaje y recortados, despues.

Dos cenefas de guipur sobre red. Núms. 8 y 9.

Se ejecuta el fondo de estas cenefas de red ordinaria, con algodón de mediano grueso. Se le borda al punto de lienzo y punto de espíritu y se le adorna con ruedecitas de algodón igual.

Vestido de lana guarnecido de galones.—Núm. 10.

La falda, de faya color de nútria, va guarnecida de un volante de lana de 9 centímetros de ancho, dispuesto en pliegues dobles huecos, y de un volante de la misma tela, dispuesto en pliegues de 5 centímetros y adornado de galones de lana color de nútria, de un centímetro de ancho. El resto de los adornos se compone de una banda de raso, dispuesta en pliegues hacia arriba y completada por detras con un lazo grande de cinta de raso de 20 centímetros de ancho, el cual va cosido sobre la falda y fijado con corchetes al corpiño. Este último va guarnecido de galones de lana.

Traje para niñas de 10 años. Núm. 11.

Chaqué cruzado, de otomano azul, con solapas anchas de encaje y abierto en el escote sobre una berta plegada de *surah* azul más pálido. Cinturón-faja de crespon azul listado de dos matices, en torno de las caderas, y abrochado por delante bajo una rosácea de cinta azul de dos matices. Falda de tafetan azul con volantes de encaje.

Traje para niños de 8 á 10 años. Núm. 12.

Blusa de paño gris hierro, guarnecida por delante con un pliegue ancho, acompañado de otros tres á cada lado y abrochada en el lado izquierdo. Una esclavina con cenefa ancha añadida cubre los hombros. Cinturón del mismo paño, puesto muy bajo y abrochado con una hebilla. Pantalón del mismo paño gris, sujeto por debajo de las rodillas.

Blusa de paño y terciopelo para niños de 4 á 7 años.—Núm. 13.

Esta blusa, que cae en línea recta por delante y por detras, es de paño fino color *beige*, y va guarnecida en el delantero con tres tiras paralelas de terciopelo marrón, y de otras tres tiras en la espalda. Cuello, cinturón y carteras de terciopelo marrón.

Traje para niñas de 7 años. Núm. 14.

Vestido de tela de lana cruzada color salmon, guarnecido por delante de



1.—Traje de faya, encaje y terciopelo para *soirée* y teatro.

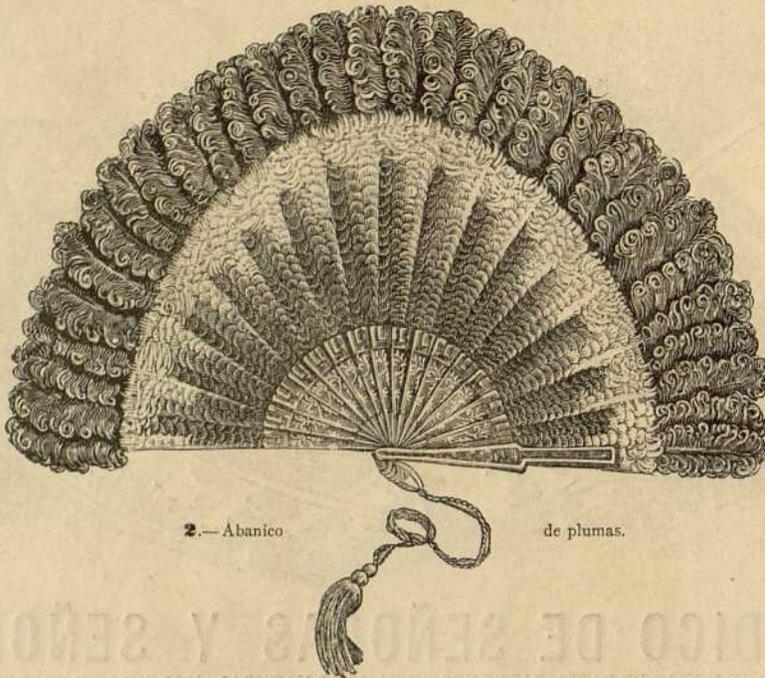
un peto ancho de terciopelo color rubi. Cuello de lienzo, ribeteado de una tirita bordada. Cinturon de *surah* liso color salmon. La falda va guarnecida de una aplicacion dentada de terciopelo, color rubi, sobre un tableado de lana cruzada.

Traje de recibir para señoras jóvenes. — Núm. 15.

Vestido de cachemir marron y *surah beige* brochado de blanco. La chaqueta, de aldeta larga por detras, lleva una solapa larga y un cuello marino vuelto, de *surah* blanco; va abierta sobre una blusa plegada de *surah* brochado, remetida por debajo del cinturon, la cual termina por delante en un paño cuadrado, recogido como indica el dibujo, y por detras en un *pouf*. La falda va guarnecida de pliegues horizontales de cachemir, dispuestos á distancias iguales y cubierta por detras de un paño cuadrado de *surah* brochado, que se ribetea de un bias ancho de cachemir, y forma pliegues gruesos.

Traje para niñas de 8 años. — Núm. 16.

El vestido, que es de cachemir blanco crema, va guarnecido por delante de un plegado de la misma tela, entre dos tirantes, que pasan por encima de los



2.—Abanico de plumas.

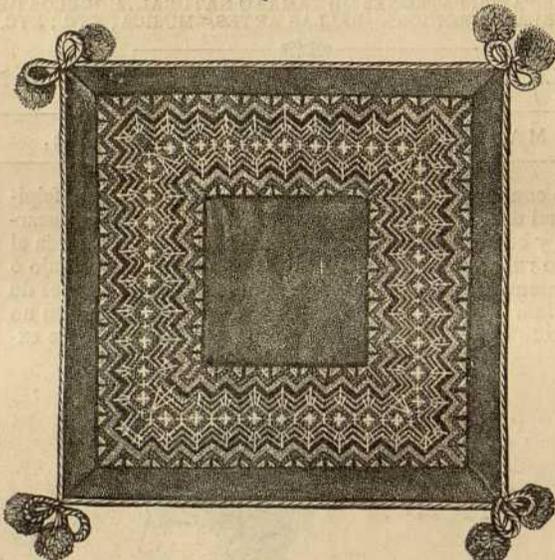
brochado azul marino. El corpiño se entrea bre ligeramente por delante sobre un peto estrecho de faya color crema, lleva una aldeta corta y redonda, y va guarnecido de un alzacuello redondo bordado. Carteras bordadas en las mangas. La sobrefalda, fruncida en la cintura, va recogida por detras. Falda plegada de arriba abajo.

Trajes de baile, «soirée» y teatro. — Núms. 18 á 26.

Núm. 18. *Vestido de baile para señoritas.* Es de tul bordado blanco y faya color de rosa. Fondo de falda corta, sobre el cual va dispuesta una falda de faya color de rosa, formando pliegues aros. Esta falda va cubierta completamente con otra falda de tul bordado, montada con fruncidos alrededor del cinturon. Banda de faya color de rosa, dispuesta en pliegues sobre la cadera derecha, y por encima de la aldeta, cuya banda se pierde por detras bajo un lazo grande de faya color de rosa. El lado izquierdo de la aldeta es largo, va plegado sobre sí mismo y ribeteado de un encaje blanco. El escote, en forma de corazon, va ribeteado de una guirnalda de margaritas blancas, que descende por el lado izquierdo, ribeteando la banda. Mangas cortas bullonadas.



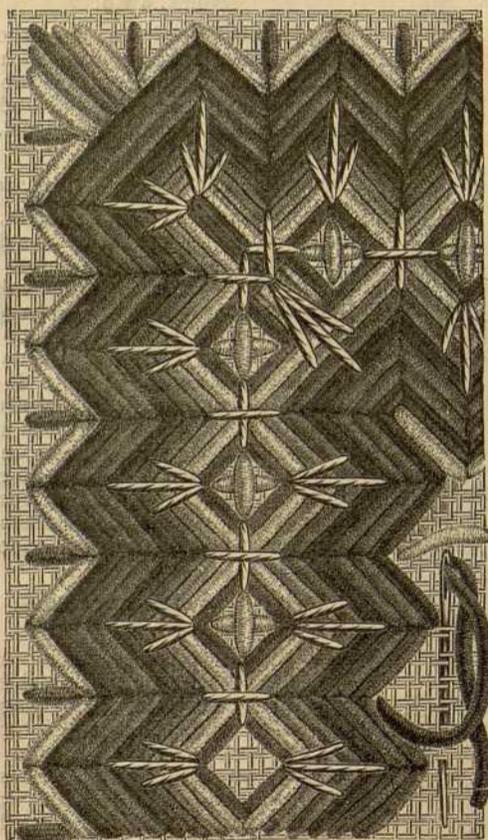
3.—Abanico de seda.



5.—Arandela para lámparas. (Véase el dibujo 6.)



4.—Abanico de encaje.

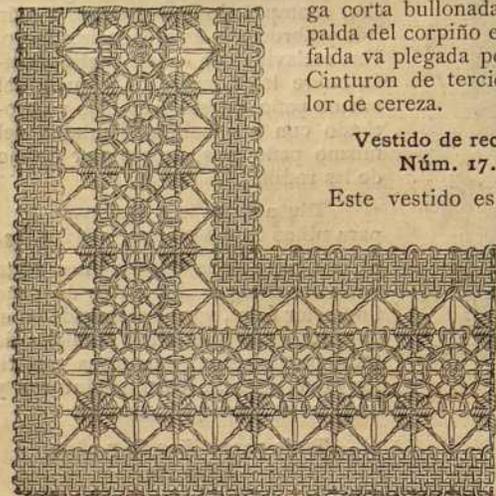


6.—Cenefa de la arandela (tamaño natural). (Véase el dibujo 5.)

hombros, y llevan cada uno una hilera de botones. Manga corta bullonada. La espalda del corpiño es lisa; la falda va plegada por detras. Cinturon de terciopelo color de cereza.

Vestido de recibir. Núm. 17.

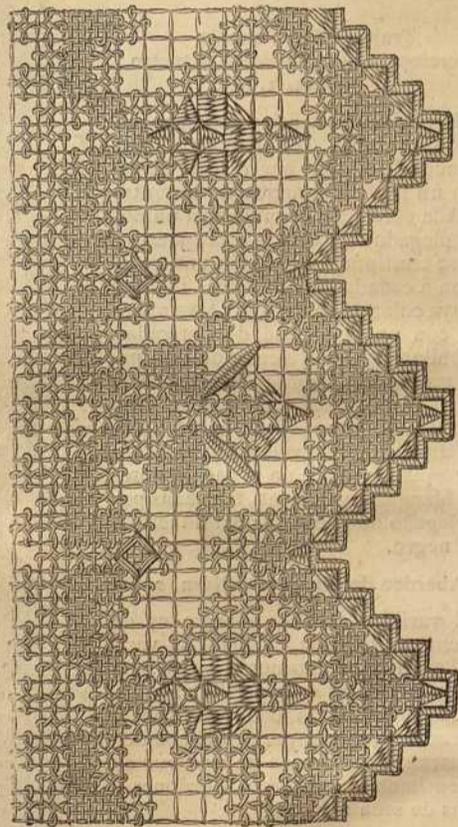
Este vestido es de velo



8.—Cenefa de guipur sobre red.



10.—Vestido de lana guarnecido de galones.



7.—Encaje de guipur sobre red.

Núm. 19. *Vestido de baile para señoras jóvenes.* Es de gasa bordada color azul lago y terciopelo rayado del mismo color. Fondo de falda corta de tafetan azul, guarnecida de dos rizados de terciopelo rayado, los cuales van medio velados por una segunda falda de gasa bor-



9.—Cenefa de guipur sobre red.



11.—Traje para niñas de 10 años.

13.—Blusa de paño y terciopelo para niños de 4 á 7 años.

14.—Traje para niñas de 7 años.

12.—Traje para niños de 8 á 10 años.

dada, la cual es muy ancha y larga, y va recogida en el lado derecho con un ramo grande de rosas de su color.

El centro, por detras, se pliega sobre la aldeta, muy arriba, y en los lados en forma de cocas. Corpiño con aldeta, que forma dos puntas por abajo. El delantero va abierto completamente sobre un camisolin de encaje blanco, que reaparece en el hombro. Una especie de correa, que forma parte del delantero izquierdo, se abrocha á la derecha, bajo una mariposa de brillantes. Mangas cortas, de encaje.

Núm. 20. *Vestido de baile para señoras.* Es de terciopelo mordorado y tul bordado. Fondo de falda corta, de tafetan, con un volante plegado. Falda de tul bordado, que cubre el delantero y el lado derecho, y va levantada con una guirnalda de rosas silvestres. Entrepaño de terciopelo mordorado en el lado izquierdo, seguido de una cascada de encaje, que va prendida con un ramo de rosas. Cola larga, de terciopelo, de forma redonda. Corpiño en punta por delante y por detras, y escotado en cuadro. El delantero de la derecha cruza sobre el de la izquierda, donde se abrocha bajo un encaje. Un encaje ancho adorna el escote. Guirnalda de rosas en el hombro izquierdo, cuya guirnalda va á reunirse con la de la falda.

Núm. 21. *Traje de baile para señoras.* Vestido de otomano color de cobre y otomano brochado. Fondo de falda cubierta de una segunda falda



15.—Traje de recibir para señoras jóvenes.

16.—Traje para niñas de 8 años.

17.—Vestido de recibir.

brochada, que va cubierta á su vez por delante con un delantal de encaje, muy levantado en la izquierda bajo un ramo grande de plumas color de cobre. El lado derecho va recogido ménos alto, y va apuntado con lazos de cinta color de cobre. Cola larga y cuadrada, de otomano liso. Corpiño de aldeta, abierto por delante sobre un peto bordado. La aldeta, recortada en dos hojas cuadradas por delante, se apoya sobre un volante de encaje blanco, que sostiene dos presillas por detras, las cuales forman parte de la espalda. Ramo de plumas en el hombro izquierdo. Lazo de cinta en la derecha. Manga formada de un encaje.

En la *Hoja-Suplemento* á nuestro número II del año entrante daremos el patron de este corpiño.

Núm. 22. *Traje de baile para señoritas.* Este vestido es de gasa blanca y gasa bordada. Fondo de falda, que sirve de sosten á una falda de gasa bordada, ribeteada de un encaje, bordado igualmente. Sobrefalda de gasa lisa, levantada bastante alto, principalmente en los costados. El centro de detras va separado y dispuesto de manera que forme cascada. Los pliegues de la izquierda van sujetos bajo un lazo flotante de cinta de terciopelo color de rosa. Corpiño de gasa, con aldeta muy corta, y ribeteada de una guirnalda de rosas que forma cinturón y cae en punta larga sobre el delantal. La aldeta de detras forma dos puntitas muy cortas. Escote redondo, ri-



18.—Vestido de baile para señoritas. 19.—Vestido de baile para señoras jóvenes. 20.—Vestido de baile para señoras. 21.—Traje de baile para señoras. 22.—Traje de baile para señoritas. 23.—Traje de soirée para señoras. 24.—Salida de baile y teatro. 25.—Traje de baile para señoras. 26.—Traje de soirée y teatro.

beteado de rosas, que forman punta sobre un peto de encaje blanco. Manga corta.

Núm. 23. *Traje de soirée, para señoritas.* Vestido de tul bordado color crema y fular fondo crema, sembrado de flores encarnadas. Fondo de falda corta, cubierto con una falda ancha de tul bordado, sobre la cual va dispuesta una túnica de fular, recogida sobre la cadera izquierda en una masa de pliegues, que desaparecen bajo un lazo flotante. En el lado derecho se pone una rosacea de cinta. El paño de detras va casi cubierto con un lazo muy grande de cinta ancha. Corpiño enteramente fruncido, de tul bordado. La parte inferior va ribeteada de un encaje color crema. Tirantes de cinta. El de la derecha va fijado con un lazo. Otro lazo en el hombro izquierdo. Manga corta, de encaje.

Núm. 24. *Salida de baile y teatro.* Es de *poult* de seda mordorado, brochado de flores del mismo color. Los delanteros, que son de tela brochada, descansan sobre un chaleco de terciopelo mordorado. Tres costuras sirven para ajustar la espalda. El centro de la espalda se abre sobre varios pliegues de terciopelo, coronados por un adorno de pasamanería bordada de cuentas. Manga redonda, de tela bro-

chada, plegada sobre una manga cuadrada de otomano. Los pliegues van sujetos con un cordón grueso anudado. Cuello recto, cerrado con un cordón de seda.

Núm. 25. *Traje de baile, para señoras.* Vestido de terciopelo color de tabaco y otomano brochado de terciopelo del mismo color. Fondo de falda corto, y cubierto en el lado izquierdo con un paño brochado, que desaparece en parte bajo una punta larga y plegada, de terciopelo. Entrepaño ancho de terciopelo a la derecha, abierto en el costado y muy hácia atrás, bajo una escala de lazos mariposa, de cinta otomana. Por la abertura se ve la falda brochada. Cola larga, de terciopelo, recogida en los costados. La parte inferior va redondeada y sin adornos. Corpiño terminado en punta por delante y por detras. Los delanteros se abren sobre un peto bordado de cuentas. Escote redondo, adornado con un encaje. Manga corta, de terciopelo.

Núm. 26. *Traje de soirée y teatro.* Vestido de terciopelo granate y tul bordado color crema. Fondo de falda color crema, adornado con un volante tableado de raso granate. Falda de tul bordado. En el lado izquierdo, entrepaño plegado de raso color crema, bordado de relieve con seda gra-

nate, seguido de una escala de volantes de tul bordado, dispuestos en conchas grandes. La túnica, por detras, es de terciopelo plegado en forma de levita. Corpiño de terciopelo, formando en la aldetta dos puntas dobles, de donde salen unas ondas de encaje. Banda plegada, dispuesta en el lado derecho sobre el hombro, y cuya extremidad se pierde bajo la banda de la izquierda. Cuello recto, de terciopelo, abrochado en el lado izquierdo bajo una estrella de brillantes. Manga de tul bordado, que llega hasta el codo. Un volante de encaje le sirve de adorno.

LAS FIESTAS DE NAVIDAD

EN LA EDAD MEDIA.

De muy antiguo, desde los primeros siglos del cristianismo, existe la costumbre de celebrar con extraordinarios regocijos y alegres expansiones las fiestas conmemorativas del nacimiento de Jesus; costumbre que todavía se conserva entre los pueblos cristianos, aunque con diverso carácter y ménos extravagantes usanzas.

El día de Nochebuena ha sido constantemente día de algazara, de regocijos de familia y de ruidosas manifestaciones.

Músicas y danzas, espectáculos y festines, regalos y esplendores inusitados, son aún los signos característicos de las fiestas que, limitadas en un principio a la mencionada noche y día de Pascua, no tardaron en irse ampliando hasta abrazar todo el período que media desde ese día hasta la Epifanía ó conmemoración de la Adoración de los reyes magos.

Bien es verdad que con la tradicion de la Natividad del Salvador vino á mezclarse la tradicion de la fiesta del Año Nuevo, que ya desde remotos siglos celebraban con rara pompa y singulares ceremonias los pueblos paganos, por la circunstancia de caer esta fiesta dentro del período de la Pascua á la Epifanía.

Esa coincidencia no tardó en dar nuevos aspectos á la conmemoracion religiosa de los cristianos, contribuyendo á profanar, en cierto modo, la primitiva sencillez de tan memorable fiesta.

Los resabios de la tradicion pagana acabaron por impo-

nerse, como sucedió igualmente respecto de otras muchas ceremonias, fiestas, usos, costumbres, y aún formas del culto externo.

Los recuerdos del pasado pesan siempre con pesadumbre irresistible sobre la fantasia y el corazon del vulgo, y con mayor motivo cuando halagan sus instintos, sus inclinaciones, y su innata afición á lo excepcional y á lo maravilloso.

Así es como el recuerdo de las fiestas paganas de la entrada de año, que en muchos pueblos antiguos constituian una especie de carnaval, con sus disfraces, mascaradas, bromas, festines y licenciosas expansiones, hizo surgir durante la Edad Media otro nuevo carnaval, que llegó á adquirir gran boga; la famosa *fiesta de los locos*, que se celebraba generalmente el primer día de Enero.

Al principio fué simplemente un pretexto para divertirse las gentes, disfrazándose los hombres con trajes de las mujeres ó con pieles de animales, á los que parodiaban grotescamente, valiéndose de la máscara para embromar á los amigos y conocidos, ó dirigir insolencias, más ó ménos groseras, á los enemigos de quienes deseaban vengarse, ó

á los desconocidos que encontraban á su paso, principalmente si eran mujeres.

En tiempo de los primeros reyes francos ya se hallaba establecida en la antigua Galia esa costumbre, ampliada con el aditamento de un cierto género de banquetes en que figuraban los llamados «aguinaldos diabólicos». Cada cual colocaba á la puerta de su casa una mesa abundantemente servida, para que pudieran regalarse todos los transeuntes sin distinción; entre las viandas solian poner algunas sobre las que se habian pronunciado ciertos conjuros y palabras cabalísticas, para trasferir á los que las gustasen las desgracias, enfermedades ó maledicijos que durante el año pudieran amenazar al anfitrión y á sus deudos; de donde les vino á estos poco generosos regalos el título de «estrenas del diablo».

Como tan hondamente arraigadas estaban las tradiciones gentílicas en los pueblos, aún á pesar de las nuevas doctrinas religiosas, que sólo trabajosamente pudieron ir borrando las huellas de las antiguas supersticiones y costumbres, no tardó la fiesta de los locos en ser un remedo de las licencias, desórdenes, abusos y extralimitaciones de las cé-

lebres saturnales romanas y de las dionysias griegas. Las procesiones mimico-religiosas de éstas y la eleccion de un rey de farsa de los esclavos, que se verificaba durante las saturnales, tomaron pronto carta de naturaleza en la fiesta de los locos.

Ya en el siglo VIII se lamentaba un sínodo de la iglesia griega del abuso de los fieles, que en ciertos dias se disfrazaban de sacerdotes y obispos, y en medio de gran algazara elegian un patriarca, que generalmente era el que más se distinguia por sus bufonadas; y luégo parodiaban las ceremonias sagradas, las elecciones episcopales y hasta los concilios, con grave falta de respeto á la Iglesia y á las cosas santas.

Pero no debieron hacer gran mella en el pueblo las censuras sinodales; antes al contrario, andando el tiempo esa usanza tomó todo el carácter de una profanacion, y buena parte del clero se entregó á idénticos excesos, merced á la relajacion de la disciplina eclesiástica, que por aquellos siglos cundió más de lo conveniente, á pesar de las laudables disposiciones de los concilios y de los papas.

Así que no tardaron en mezclarse clérigos y seglares para celebrar juntos la fiesta de los locos, que pasó á ser una especie de institucion durante la Edad Media.

Reunianse fieles y sacerdotes en gran número, y escogiendo de entre ellos un papa ú obispo, le conducian procesionalmente con gran pompa, aparato y regocijo al templo, donde penetraban danzando y cantando, disfrazados casi todos grotescamente; entonaban himnos y cánticos dispuestos con ese objeto y en los que no brillaban grandemente la virtud de la circunspeccion ni el recato.

Parodiaban la celebracion de las ceremonias y misterios religiosos, haciendo mil contorsiones, corriendo y gritando como locos; quemaban, en lugar de incienso, suelas de sandalias viejas, trapos y otros objetos tan aromáticos como éstos, y concluian entregándose á los placeres de la gula, acabando muchas veces la fiesta con una borrachera general.

Apénas se conciben tales profanaciones, que hoy nos parecerian una abominacion execrable.

Y sin embargo, existieron durante siglos, y costó no pocos esfuerzos á las potestades eclesiástica y civil conseguir su extincion, cuando comenzaron á disiparse las tinieblas de aquella época de ignorancia, de fanatismo y de guerras eternas.

La fiesta de los locos fué extendiéndose y arraigando fuertemente en las costumbres de casi todos los pueblos de Europa, pero no todos la celebraban en un mismo dia.

De ahí que, segun la costumbre de cada localidad ó nacion, variase tambien de nombre, aunque conservando su carácter esencial.

En unas partes tenia lugar el dia de Noche Buena y el de Pascua, y se llamaba la fiesta de Noel; en otras, el primer dia de Enero, y entónces era la fiesta de las Kalendas; en cuales, los últimos dias del año, y se conocia con el nombre de fiesta de la libertad de Diciembre. Designóse tambien con los títulos de fiesta de los inocentes, fiesta de los aguinaldos, fiesta de los subdiáconos, fiesta del asno, fiesta de los aturridos, fiesta de los encapuchados, y otros, que sería prolijo enumerar.

Estas fiestas tuvieron su ritual propio, sus ceremonias especiales, y siempre un carácter marcadísimo de carnavales y de profanacion.

La fecha más generalmente adoptada fué el 28 de Diciembre, dia de los Inocentes.

En muchos monasterios, segun cuentan las crónicas, la fiesta de los locos ó, más propiamente hablando, de los inocentes, por verificarse el dia mencionado, se celebraba con gran alborozo, y permitiéndose á los religiosos ciertas libertades. Los legos se apoderaban del coro y cantaban los oficios divinos en sustitucion de los monjes clérigos, presentándose revestidos con los ornamentos vueltos del revés, ó con los más viejos y estropeados que encontraban, y aparentando leer en los libros de coro, puestos lo de arriba abajo. Ejercian la autoridad abacial, eligiendo, al efecto, de entre ellos uno que gobernase la comunidad y á quien todos los monjes sin distincion tenian que obedecer durante el tiempo de su efímero mando. La fiesta era, en suma, un eclipse parcial de las reglas y disciplina monásticas.

En algunas localidades la fiesta de los aguinaldos corria á cargo de los servidores ó dependientes del templo, sacristanes y monaguillos. Formaban una gran comparsa de muchachos y muchachas, caprichosamente disfrazados, y, dirigidos por un caudillo, ocupaban el recinto del templo danzando y cantando, é iban recogiendo el aguinaldo de los fieles, con cuyo producto despues se regalaban lindamente. Esta usanza subsistió en muchas partes de Francia y Alemania hasta bien entrado el siglo XVI.

Por motivo de la fiesta de los locos, hasta se introdujeron grandes abusos y ceremonias irrisorias en la liturgia.

En algunas catedrales el 26 de Diciembre se cantaba, durante la misa de los locos, la llamada *secuencia* del asno, y el 27, tercer dia de Pascua, la del buey.

En otras las ceremonias eran conmemorativas, aunque mezcladas de detalles ridiculos y de farsas que excitaban la risa.

Encendian en uno de los claustros una hoguera, que figuraba un horno y se alimentaba con maderas viejas y estopas. Cantada la hora de tercia, daban una vuelta al templo procesionalmente, y luégo toda la comitiva se detenia en el claustro ó nave del horno, á cuyo alrededor se veian varios grupos de clérigos disfrazados con raras trajes, representando los antiguos profetas, los judíos y los gentiles.

Los cantores de la catedral entonaban un versículo apostrofando á los judíos y á los gentiles, que, á su vez, contestaban parodiando versículos de la Biblia. Luégo le tocaba el turno al que representaba á Moises, que respondia con un versículo alusivo al nacimiento del Mesías, despues de lo cual le conducian al lado opuesto de la hoguera, entonando salmos y cánticos.

Seguian por su orden esta especie de interrogatorio los demas profetas, ataviado cada cual con los ornamentos

correspondientes y gesticulando cómicamente. A su vez llegaba Balaam, montado en la tradicional burra, á la que espoleaba, mientras que un muchacho, vestido de ángel y espada en mano, le cortaba el paso. Entónces se parodiaba la escena de que habla la Biblia, cuando la burra interpeló al profeta; para lo cual se colocaba entre las patas del animal un clérigo, que dirigia á Balaam las palabras trascribas en los versículos de la Escritura. Esta escena era siempre muy celebrada por lo grotesca.

Por último, se verificaba un pasillo representando la historia de los tres jóvenes de Babilonia. Nabucodonosor queria obligar á Daniel y sus hermanos á adorar los ídolos; el profeta se oponia, y entónces el tirano mandaba que fuesen arrojados al horno arriba mencionado. Pero los tres jóvenes rompian sus ligaduras y saltaban al otro lado de las llamas, entonando un cántico de gracias, en medio de los aplausos y los gritos de alegría de los espectadores. No faltaban en esta especie de auto sacramental burlesco ni la sibila, ni el profeta Zacarias; y su esposa Isabel, ni el precursor, ni el mismo Heródes.

En otras partes la misa del asno simbolizaba la huida de la Virgen María á Egipto; pero tan delicada tradicion se convertia en una verdadera bufonada.

Una joven hermosa y ataviada ricamente, montada sobre un asno y trayendo un niño en los brazos, representaba á la madre del Redentor. Acompañada de la clerecia y del pueblo con gran pompa, era llevada procesionalmente á la catedral, ó al templo previamente designado, donde se la recibia con solemnes ceremonias y cánticos religiosos.

Tal y como iba montada, la conducian cerca del altar mayor y la instalaban del lado del Evangelio, donde debia permanecer durante toda la ceremonia. Hecho esto, daba principio la misa. Los cantores terminaban el *Introito*, los *Kiries*, el *Gloria* y el *Credo* con un grito que parodiaba el rebuzno del asno, y con él acababa tambien la misa: el pueblo repetia á coro esa extraña canturia.

A veces se colocaba un pesebre en el atrio de la iglesia, y si al asno se le ocurría ir á comer durante los oficios, el coro debia cantar la misma salucion con que se contesta al celebrante cuando envia la paz del Señor á los fieles. ¡Absurda profanacion!

A las ceremonias religiosas seguian en todas partes otros festejos, como mascaradas, orgias, danzas y procesiones, en los que se confundian por igual lo religioso con lo profano, los ritos con las borracheras, y lo místico con lo licencioso.

En el ceremonial antiguo de cierta catedral francesa, correspondiente á los promedios del siglo XIV, se prescribian taxativamente todos los ritos para la fiesta de los locos y designacion del obispo ó preste de los mismos.

La eleccion debia verificarse el 17 de Diciembre, y á seguida se cantaba un *Te Deum*. El preste electo era conducido en hombros á la sala capitular, donde, sentados á espléndida mesa, le aguardaban los miembros todos de la clerecia, que al verle entrar se ponian en pié y le rendian sus homenajes con cómica afectacion. Servianle de comer y abundantes libaciones; y cuando habia concluido, entonaba, acompañado de los que ocupaban el mismo lado de la mesa que él, un cántico apropiado al acto, al cual contestaban los demas comensales á una voz, produciéndose una algazara indescriptible y gritando todos á porfía; los que más gritaban, probando la mayor resistencia de sus pulmones en esta lucha, eran declarados vencedores, y abrumaban con las más sangrientas burlas á los vencidos.

Despues de descansar un momento de aquel combate singular, el preste de los locos abandonaba la mesa, seguido de toda la comitiva, y recorria la poblacion de casa en casa, prodigando bendiciones, recogiendo homenajes y cobrando una especie de tributo consistente en prendas de vestir y ornamentos para el culto.

El dia de los Inocentes se repetian la ceremonia electoral y el banquete, y el prelado de los locos oficiaba de pontifical y concedia fantásticas indulgencias á los asistentes. El electo venia obligado á satisfacer los gastos del festin en honor á la ficticia dignidad que se le permitia representar.

Como por aquellos tiempos el clero afecto al servicio de las catedrales y basílicas vivia generalmente en comunidad junto á los mismos templos, eran de ver los regocijos y expansiones á que en tales dias se entregaban en el interior de sus claustros, aun sin contar las fiestas en que se confundian con el elemento seglar. En ciertas ciudades el abuso del bajo clero llegó hasta abrogarse el privilegio de estar tocando las campanas á toda hora durante tres dias, é impedir la entrada del prelado y de los canónigos en la catedral, mientras aquéllos se entregaban á todo género de extravagancias, representaciones simbólicas, danzas y juegos grotescos. Caso hubo en que los rebeldes adoptaron brutales represalias con los canónigos y prelados que se oponian á esos desenfrenos y á esas trasgresiones de la disciplina y de los severos deberes sacerdotales.

En muchas ciudades y pueblos de Inglaterra la víspera de Natividad elegian el caudillo que habia de presidir todas las fiestas de aquellos dias, y á quien se daba el título de príncipe de Noel.

Aquél en quien recaia la eleccion quedaba obligado por su dignidad á divertir á las gentes con sus chocarrerías, ocurrencias, chistes y bufonadas. Todos, y en primer término los magnates, debian tener abiertas sus moradas al Príncipe, para el caso de que á éste le pasase por las mientes tomarlas por asalto para teatro de sus farsas y representaciones. Nadie podia negarse á pagar los impuestos y gabelas decretados por él en uso de las omnimodas facultades inherentes á su reinado de ocho dias. En muchas ocasiones se disputaron esta dignidad personas del más alto rango.

Al Príncipe de Noel se le asignaba su córte y su parlamento, como á un monarca de hecho.

Una gran cabalgata era la más vistosa de las ceremonias que se verificaban, tras de la que se celebraba una especie de audiencia pública del tribunal de farsa.

Alzabase una que apellidaban torre del fuego, á la que se dirigia la comitiva ó procesion, formada de brillante corte-

jo en que iban el condestable, el gobernador de la torre, el director de los festejos, un montero mayor, arqueros, escuderos, pajes, cazadores y soldados, ataviados todos con preciosas vestiduras y enjaezados los caballos con ricos y deslumbrantes arneses. Clarines y trompas acompañaban la marcha con alegres sonatas.

Al llegar á la torre ó castillo de fuego, hacia alto la comitiva á una señal del director de la fiesta. Este se arrojaba luégo, murmuraba una especie de canturia ininteligible, ejecutaba una danza mimica, y concluia pidiendo que se le nombrase gran senescal. Entónces un picador soltaba varios gatos y perros de caza por entre la concurrencia, con lo que se producian un alboroto y confusion generales; y en medio de este tumulto se prendia fuego al castillo, que, como estaba cargado de materias combustibles, ardia rápidamente y se desplomaba con estrépito en medio de las aclamaciones de la comitiva, el sonar de los cuernos y trompas de caza y la alegre gritería de la multitud que asistia al espectáculo.

A continuacion verificábanse en calles y plazas suculentos festines populares, durante los que reinaban la más deliciosa igualdad y la más franca expansion, mezclándose todos sin distincion de clases, rango ni dignidad; lo cual daba á estos banquetes marcada semejanza con los de las saturnales de Roma y los festines igualitarios del *hauli* ó carnaval de la India.

Más tarde se celebraba una parodia de juicio público, que divertia muy mucho al pueblo y daba lugar á escenas graciosísimas, prolongándose el espectáculo hasta bien entrada la noche, para lo cual encendian antorchas, luminarias y hogueras, que prestaban fantástico aspecto á tan singulares fiestas. Despues de media noche se reanudaban las diversiones con nuevos festines, comparsas, pantomimas y danzas. Prácticas supersticiosas, ceremonias solemnes, escenas caballerescas, danzas simbólicas y aparatosas exhibiciones de oriental fausto, constituian el abigarrado y al par pintoresco conjunto de estas fiestas seculares.

Pero los privilegios y las inmunidades concedidas á esos reyes de farsa fueron origen más de una vez de graves abusos y aun de sangrientos choques; y esto labró poco á poco la decadencia de tales costumbres, y produjo, por último, la abolicion de las comparsas y ceremonias de las fiestas de Noel en Inglaterra, que se decretó hácia fines del siglo XVII.

La potestad eclesiástica, el alto clero y los concilios se esforzaron repetidamente, en diversas épocas de la Edad Media, por acabar con la fiesta de los locos y los excesos, desórdenes y profanaciones que formaban su deplorable cortejo; pero aunque la reprobacion de los prelados y las censuras de los Sinodos alejaron en parte al elemento laico de la celebracion de tales fiestas, más paganas que cristianas ciertamente, la fiesta de los locos y sus similares no desaparecieron totalmente de Europa hasta mediados del siglo XVII.

La severidad de los dogmas religiosos triunfó al fin de los extravíos del fanatismo y de la relajacion de las costumbres, la razon y la cultura de la ignorancia; y hoy apénas si se conserva, fuera de los cronicones de la Edad Media, el recuerdo de esas grotescas usanzas de aquellos siglos de hierro y de confusion, que tantas grandezas y al par tantas extravagantes y ridiculas tradiciones nos han legado.

En nuestros dias las fiestas de Natividad, aparte de ciertas reminiscencias que aun guarda de otros tiempos el vulgo, se celebran sencilla y apaciblemente al amor del hogar y al calor de la familia, como dulcísima consagracion de los más caros afectos y de las más tiernas tradiciones.

El progreso de los tiempos ha cambiado la marcha de la humanidad, para honra de los pueblos modernos.

JUAN CERVERA BACHILLER.

«¡ VORREI MORIRE! »

TRADUCCION DEL ITALIANO.

(Á MI MAYOR AMIGA X.)

I.

En la dulce estacion en que las flores
Su cáliz abren de la aurora al beso,
Quiero exhalar mi postrimer suspiro,
¡Morir de amor entre las flores quiero!
¡Quiero morir, cuando la luz del dia
Sus fulgores apague en el silencio!
¡Quiero morir, mirándote á mi lado,
Sollozar á la orilla de mi lecho!

II.

Mas cuando ya las hojas amarillas
Vuelen al soplo del helado cierzo;
Cuando la nieve descendiendo rauda,
Tú te encuentres de mi léjos, ¡muy léjos!
Cuando no pueda verme en tu pupila,
Ni el rostro descansar sobre tu pecho,
Ni estrechando tu mano entre las mias,
Decirte: «¡adios, adios, que al fin te dejo!»
En situacion tan triste, prenda amada,
¡De bajar al sepulcro tengo miedo!

III.

¡Quiero morir, cuando la luz del dia
Sus fulgores apaga en el silencio;
Cuando el ave descansa de sus trinos
Y el feliz ruiñón de sus gorjeos,
Y cuando, en fin, mirando tu pupila
Que nublen ya las lágrimas de fuego,
Pueda decirte, moribundo y triste:
«¡Adios, adios, que al fin me muero!»

MIGUEL M. DE LA RIVA Y QUINTAS.

LOS BAILES DE TRAJES.

El origen de estas fiestas es, sin duda alguna, más remoto que el de los bailes de máscaras. Mucho antes que el antifaz veneciano comenzase á contribuir á las intrigas políticas, á los galanteos y las locuras, ya las damas alegóricas, abandonando los templos y las solemnidades religiosas en donde tuvieron principio, habían venido á refugiarse en las cortes. Que los bailes de trajes de hoy no son más que el recuerdo ó la degeneración de aquellas danzas, es cosa tan fácil de probar, que nos bastaría citar las fechas y los detalles de las más célebres que registra la Historia, desde el siglo XIV hasta nuestros días, para hacer patente la relación que hay entre unas y otros. No lo hacemos, sin embargo, porque nuestro propósito no es escribir una disertación erudita sobre el asunto, sino borrar un párrafo, á salga lo que saliere, sobre este género de fiestas, que un tiempo gozó de la más completísima boga, y por entre el cual comienza á despertarse la afición en nuestras damas.

Como todas las costumbres que conservamos por tradición, ésta, á medida que ha ido separándose de su época propia, ha ido perdiendo el carácter especial que tenía, para quedarse convertida en una cosa, al parecer, absurda. ¿Qué quiere decir, en efecto, reunirse una gran porción de gentes *comme il faut*, cada cual vestido á su manera, más ó menos elegantes ó ridículos, bajo un atavío caprichoso, para bailar unos *lancers*, un *cotillon* ó una *polka*? Concediendo mucho á la idea, queda reducida á una cuestión de visualidad.

En su origen no era así: en casi todas estas fiestas, dispuestas, bien por un soberano, al que secundaba su corte, bien por una corporación ó una clase determinada, había un pensamiento dominante, y hasta en algunas de ellas se desarrollaba una acción.

Dejando á un lado otras menos importantes, sólo recordaremos aquí la magnífica danza que la ciudad de Florencia hizo celebrar el año 1311, titulada *La Danza de la Muerte*, en la cual tomaron parte las damas y los caballeros más ilustres, y para la que se compusieron, por autores anónimos, divisas y motes en verso, tan llenos de ingenio y galanura, que son una de las más apreciables muestras de la poesía de aquel siglo.

La idea de *La Danza de la Muerte*, que antes y después de la época á que nos referimos ha abierto ancho campo á la imaginación de poetas, pintores y escultores, estaba, por decirlo así, tan profundamente grabada en el espíritu de la Edad Media, que esta representación fué una de las más justamente celebradas y populares de que se guarda memoria.

La muerte anda invisible á nuestro alrededor; nos acecha, nos sigue, nos rodea, arma lazos en nuestro camino, nos tiende una inmensa red, y uno tras otro, todos vamos á dar en ella, tarde ó temprano. Sorprende al niño en la cuna, al amante en brazos de su adorada, al soldado en el campo de la victoria, al fraile en su celda, al rey en el trono, al mendigo entre sus harapos, al mercader en su tienda, al Papa en la *silla gestatoria*, al avaro sobre su oro, al jugador con la mandolina al cuello.

Como un maestro de baile, la muerte va arreglando las cuadrillas de la danza de los muertos; al que toca con su guadaña, que es la varilla con que marca la medida, debe seguirla y abandonarlo todo: sus aficciones, su ambición, sus proyectos, el báculo, la espada, la corona, la mandolina, el cíncel, la balanza, el martillo, y seguirla y mezclarse en la gigantesca ronda de danzantes que ella guía, y donde voltean confundidos, para ir á hundirse en la nada, chicos y grandes, hambrientos y ahitos, nobles y villanos, niños y viejos, clérigos y seglares, pobres y poderosos. Hé aquí el pensamiento de *La Danza Macabra* ó *de la Muerte*, pensamiento que el escultor tradujo en largos festones de esqueletos, que rodean, como una guirnalda de osamentas descarnadas, el muro de los templos bizantinos y ojivales que Orcaja reprodujo en el cementerio de Pisa, que Hobein pintó en el claustro de Bale, que mil y mil artistas ignorados dibujaron en las orlas de colores de los códices, cincelaron en los puños y las hojas de las espadas, y contaron los maestros de la gaya ciencia, y parodian los mismos, y sacaron á plaza los histriones.

En la famosa danza de Florencia se presentó esta idea tan perfectamente desarrollada, con tan minucioso cuidado en los más pequeños detalles, y tal lujo y propiedad en los trajes de las principales figuras, que no dudamos sirviera su relación de tipo á las muy notables composiciones que, así en nuestra lengua como en la extranjera, se hicieron después sobre el mismo asunto.

No referirémos aquí todos los pasos y figuras de esta danza, en que, según consta de los códices conservados en la biblioteca de Santa María la Mayor, tomaron parte más de trescientas personas, representando los diversos estados sociales con trajes, divisas, motes y emblemas alusivos á su condición, edad ú oficio.

Una madre lleva en brazos á su hijo, le besa, le acaricia, se sienta con él en un estrado, le hace saltar sobre sus rodillas, hasta que el niño recuesta la cabeza sobre su seno y se duerme al arrullo de sus canciones. La madre le deposita en la cuna, y finge dormir también; entónces se aproxima una figura horrible; un esqueleto descarnado y amarillo comienza á mecer la cuna, se inclina sobre el ángel que la ocupa, le besa la frente, y cuando la madre abre los ojos al rumor extraño de aquel beso misterioso, ve huir á la muerte, llevándose á su hijo en la cuna, que le sirve de ataúd.

Con este paso rompió la danza. Entre uno y otro paso, los músicos que los acompañaban, con una medida y aire adecuados, cantaron unos refranes muy sentidos y juiciosos, haciendo alusión á lo que se había representado, y explicándolo, para mejor inteligencia de los espectadores.

Acto continuo se levantaron de los estrados las personas

que habían de representar el otro paso. Una jóven, ricamente aderezada, sale al medio del salón, y se sienta en un escaño que le trae un pajecillo, el cual comienza á tocar un instrumento, como para entretenerla en sus largas horas de fastidio. Cuando ha terminado el prelude, sale un manco, que invita á danzar á la doncella. El pajecillo hace el són, y los jóvenes danzan y hacen demostraciones de júbilo; pero se detienen un momento, como advirtiéndole una nueva y extraña cadencia; vuelven los ojos á donde estaba el paje, y al paje ha sustituido la muerte, que araña las cuerdas con sus dedos largos y fríos, arrancándoles notas, á cuyo són fantástico se sienten los jóvenes impulsados á danzar de nuevo, como por una fuerza desconocida, y danzan con la muerte, que los arrastra en su torbellino hasta que desaparecen tras ella.

Así, por este órden, se sucedieron hasta veinte pasos, en los cuales se vió á dos caballeros armados de todas armas pelear entre sí, y cuando el vencedor se retiraba orgulloso, después de haber tendido en tierra á su enemigo, salir la muerte al paso, sin armadura, sin escudo, sin otra cosa que una caña á guisa de lanza, y retar á singular combate al guerrero victorioso, y tocarle con la caña y derribarle, sin que le viese la adarga ni el peto de hierro.

La muerte, tapando la boca á un fraile que predica sobre la necesidad de estar apercebidos para morir, é interrumpiendo su discurso cuando él quizá no está preparado para esa última hora, comprando telas á un mercader, dándole un cornado de su escarcela á un mendigo, bebiendo en alegre coro con varios borrachos, escamoteándole la corona á un emperador, ó extraviando en su camino á un romero y enseñándole una senda que le lleva á dar en la fosa, jugó en toda la danza un papel importantísimo, hasta que, por último, formaron una ronda todas sus víctimas, danzaron mezcladas, como aludiendo que una vez bajo su imperio reina la más completa igualdad, y se confunden en un polvo común siervos y señores, grandes y chicos, nobles y pecheros.

Como dejamos dicho, antes y después de esta fiesta solemne, y por tantos títulos digna de memoria, tuvieron lugar en la misma época otras muchas de igual género, aunque no de tanta importancia, en diferentes puntos de Europa.

Como quiera que representando diversas ideas todas ellas tenían, poco más ó menos, el carácter mimico, y encerraban, por decirlo así, una acción ó un pensamiento uniforme y desarrollado, merced á la representación de las figuras, sólo citaremos otro baile, también magnífico, pero de época muy posterior, y que tuvo más puntos de contacto con los bailes de trajes tal como hoy los conocemos.

Este baile, que puede decirse que es el punto de transición entre las antiguas danzas alegóricas, donde se representaba una acción completa, y los bailes modernos, en que no reina ninguna clase de unidad ni pensamiento, tuvo lugar el día 24 de Abril del año de gracia de 1646, en el palacio de los Dorias de Génova. Como en la que dejamos referida, en la fiesta genovesa sólo tomaron parte las personas más ilustres de la ciudad y algunas nobilísimas damas y caballeros españoles y franceses, que contribuyeron no poco á hacerla más espléndida y magnífica, con el lujo, la elegancia y la propiedad de sus trajes. Dividiéndose la Sociedad en dos cuadrillas, de las cuales una representaba la *Jerusalén*, del Tasso, y la otra el *Orlando*, de Ariosto.

Allí, vistosamente ataviadas con arneses grabados de oro, con rica variedad de plumas, profusión de joyas y piedras finas, trajes costosísimos de seda, brocados, tisú y terciopelo, vieron personificadas las principales figuras de ambos poemas, gloria y honor de Italia.

Figuras Armida la encantadora con la caprichosa Angélica, Argante con Tancredo, Orlando con Soponia; las dos bellísimas guerreras, tan enamorada la una, como la otra insensible. Astolfo, el del viaje á la luna, con Ismenio; el mágico musulmán Sacripante, el rey Basilio y toda la comparsa de damas aventureras, caballeros andantes, hadas, magas y encantadores de la maravillosa historia del verídico Turpin, con Pedro el Ermitaño y toda su cohorte de príncipes cristianos, guerreros ilustres y esforzados campeones de las cruzadas. Figuras estos dos mundos de la epopeya, animados y resplandecientes con sus cascos de acero, sus lorigas de hierro, sus trajes caprichosos, sus gazarotas flotantes sus cruces rojas; éstas, sus diademas; aquéllos, sus turbantes; sus plumas ó sus perlas los de más allá, y tendréis una idea confusa del magnífico espectáculo de esta fiesta, sin duda de un nuevo carácter, diferente de la que hemos descrito al comenzar, pero no menos maravillosa.

A partir de esta fecha, los grandes bailes comenzaron á ordenarse de nuevo en espectáculo, pero ni ya tomaba parte en ellos la aristocracia, por más que Luis XIV bailase en alguno, ni fué más que un espectáculo que se refugió en el teatro, pasando á ser una de tantas ramas del arte escénico. En la sociedad ha quedado, sin embargo, la tradición, aunque desvirtuada é incompleta. Ya no se trata más que de vestirse cada cual como mejor le parezca: las damas tratan de ir bonitas y de hacer transacciones entre las épocas pasadas y las modas presentes; los hombres procuran ir lo más cómodo ó lo menos ridículo que les sea posible.

La Princesa de Lenntzer dió en Viena un baile de trajes que, á pesar de todo, fué lo bastante original para que merezca ser citado y puesto por ejemplo. Exigió de sus convidados que vistiesen el traje que les señalara, y una vez determinado esto, revolvió la Historia y juntó en su salón los personajes más antitéticos; hizo las combinaciones más extrañas que se puede imaginar.

César conversaba en un ángulo con Bruto, mientras Cromwell daba la mano á Carlos I, ó Pompeyo jugaba al *wisth* con Escipión.

En España, y en nuestros días, hemos asistido á diferentes bailes de trajes, digno de especial mención, sobre todo, el dado hace diez y nueve años en el palacio de una de nuestras más aristocráticas damas, en el que se lucieron trajes

de una gran exactitud histórica, y comparsas tan caprichosas como notables por el lujo y propiedad de los respectivos disfraces.

E. DE LUSTONÓ.

CORRESPONDENCIA PARISIENSE.

SUMARIO.

Preliminares de Año Nuevo.—Influencia de los *étrennes*.—Agitación femenil.—La Liga de protección de la mujer y la señorita Barbaroja.—El estandarte de la Liga.—Transformación del traje de la mujer.—Las «enaguas divididas».—Mistress King y la Marquesa de Belbeuf.—Un revólver de honor á Mme. Clovis Hugues.—*Vitrioleras y revolverianas*.—Otra heroína del revólver.—Reforma del peinado.—TEATRO ITALIANO: *Aben-Hamet*, ópera en cuatro actos y un prólogo.



A noticia falsa de la locura de M. Richepin, la apertura de la Exposición de los *Independientes*, el estreno de la ópera *Aben-Hamet* y la muerte del agente Morin, la víctima de los furiosos de Mme. Clovis Hugues, son los asuntos que han ocupado casi exclusivamente la atención pública durante la pasada quincena.

Aparte de esto, París no ha disfrutado de grandes novedades. La aproximación de fin de año produce esa especie de paralización intelectual que coincide, por lo común, con el movimiento de los *étrennes* ó aguinaldos. Viene á ser como un estado de vago entorpecimiento que se reproduce anualmente. El día de Año Nuevo absorbe muchas semanas de antemano toda la actividad del cerebro parisiense. Cuando los juguetes ocupan los escaparates de tiendas y almacenes, reina en la ciudad un viento de economía. Todo el mundo se reserva prudentemente para el gran día que se acerca.

Y á pesar de todo, ciertas personas de nuestro sexo, que sin razón habían apellidado débil, siguen dando materia abundante á la crónica parisiense. Aun en esta época del año en que el artículo *étrennes* invade todos los periódicos (una columna dedicada á los juguetes y otra á los libros dorados), nuestras heroínas han logrado apoderarse de lo que es dominio de la infancia y absorber la mayor parte de la atención pública, que en el mes de Diciembre pertenece de derecho á los muñecos y al turrón, léase cartuchos de dulces.

Hemos oído la semana pasada á un abogado del derecho de la mujer, que proponía «la invasión de los colegios electorales» por la más hermosa mitad del género humano, en virtud del principio de que «la invasión es una fuerza.»

En el salón llamado de la Redoute, una señora jóven que había abandonado, al decir de ella misma, el «honroso puchero», proclamó altamente el derecho al «noble revólver.»

En fin, hemos asistido á una algarada inaudita y á la formación de una nueva liga, la Liga de protección de la mujer contra «el hombre infernal y feroz», cuya liga se ha constituido bajo la presidencia de la señorita Barberousse.

Note V. de paso cómo las ideas de combate encuentran en seguida, para encarnarse, seres predestinados, que tienen naturalmente un nombre á propósito para servir de estandarte, de grito de guerra, Barberousse (*Barbaroja*), la señorita Barbaroja. Un novelista que hubiese pasado días enteros hojeando el Diccionario de Bottin para bautizar una heroína tan militante, no habría inventado, de seguro, nada mejor ni más expresivo.

La realidad es aquí, como siempre, superior á la invención, y el nombre de Barbaroja vale tanto como una bandera para la liga de las débiles mujeres contra el sexo feo, opresor, brutal, intratable, ridículo y maldito.

La Liga de protección de la mujer escribirá, probablemente en letras de oro, en sus estandartes (bordados por manos de los hombres, que quedarán reducidos á la situación de esclavos) el siguiente verso del drama *Los Burgaves*:

¡ Oh, Barbaroja, oh nombre venerado!

Nos hallamos, pues, en víspera de asistir á las reclamaciones, declamaciones y proclamas de los discípulos de Barbaroja. Barbaroja va á desplegar el estandarte de las faldas, ó, si lo prefiere, una falda por estandarte.

Pero no es sólo en las reuniones públicas, no es sólo en Francia donde las reivindicaciones de nuestro sexo se afirman con violencia inesperada, sino en las reuniones del gran mundo, y hasta en el extranjero. Y así como todas las revoluciones principian por mudar el nombre de calles y plazas y transformar las muestras, la revolución femenina tiende á debutar por la transformación completa del traje de la mujer.

Creo haber indicado ya la tendencia de cierta escuela inglesa, que pretende dar al traje femenino el mismo ó parecido aspecto que el de los hombres. En Londres, las «enaguas divididas», ó pseudo-pantalones, de mistress King, jefe del *Rational dress movement*, han dado principio á lo que las innovadoras llaman la regeneración del traje. Si, la *toilette racional* principia por el pantalón masculino, en contraposición á los *paniers*, y esta «enagua dividida» se impone al sexo débil por la práctica de los ejercicios varoniles, ó sea el *sport*, en lengua aristocrática, cada día más generalizados.

Tenemos en Francia nuestras elegantes *sportives*, nuestras cazadoras y nuestras *yachtswomen*—léase marineras—nuestras grandes damas que tiran al florete, manejan la

carabina ó el arco, y un artista de ingenio las ha estudiado con mucha gracia y pintado al pastel en un libro que acaba de salir á luz, *Las Mujeres del Sport*.

Pero son aún muy raras las que quisieran, fuera de la caza ó de la esgrima, adoptar las famosas «enaguas divididas» de mistress King, la reformadora, la Barbaroja de la moda inglesa.

°°°

Y sin embargo, existen ya, en la sociedad francesa, síntomas de trastorno del gusto en materia de modas.

No es un secreto para nadie, puesto que la mayor parte de los periódicos lo han repetido, que la jóven Marquesa de Belbeuf, hija del Duque de Morny, se viste de hombre y se deja fotografiar en traje de clown negro.

Repito que existen, no sólo en las mujeres (muchas de ellas «desviadas» de su sexo) que frecuentan las reuniones públicas, sino hasta en la clase ménos accesible á la revuelta social, apetitos de revolucion, si me es lícito expresarme así; pero de una revolucion absurda, imposible, la revolucion sexual.

Lo ocurrido en la reunion de la sala de la Redoute, de que he hablado más arriba, es un síntoma alarmante del estado cerebral de las mujeres francesas. En esta reunion, presidida por la ya célebre señorita Barberousse (Barbaroja), se propuso el regalar un jarrón de Sévres ó un revólver de honor á Mme. Clovis Hugues, porque había «inmolado á la vez el jesuitismo y el sexo opresor.»

Y para que no quedara duda sobre su pensamiento, la reunion desaprobó el proceder de las *virrioleras*, al mismo tiempo que proclamaba el heroísmo de las *revolverianas*.

Todo esto es ridículo, insensato—dirá V.—Convenido; pero desgraciadamente la locura es una enfermedad contagiosa, dada cierta disposicion de los cerebros, y esté V. seguro que estas insensateces, dignas de una casa de orates, trastornarán más unos cascos ya medio vacíos.

°°°

El corolario de todo esto—y no hacemos más que empezar—hélo aquí, en su realidad elocuente:

«Una jóven, exasperada por los desvíos de su amante, le ha disparado tres tiros de un revólver de que era portadora, hiriéndole gravemente en el cuello. La víctima de este nuevo atentado es un estudiante de Jurisprudencia.»

Sería curioso que los futuros jueces de Mme. Clovis Hugues curvieran que juzgar asimismo á esta heroica *revolveriana*.

°°°

Mientras se *masculaniza* la moda y que las mujeres se visten, en realidad, de esos calzones, que más de una lleva hoy en sentido figurado, las que no aspiran á variar de sexo, siquiera fuese en apariencia, han decretado, segun se asegura, la mudanza ó variacion del peinado femenino. Y es lástima.

No se llevarán de hoy en adelante—no garantizo la noticia—los cabellos recogidos, que descubrian tan agradablemente la nuca, dando á ciertos cuellos las ondulaciones y las seducciones de líneas de la Diana de Houdon. Se pretende poner nuevamente á la moda el *catogan*, que caía sobre el cuello y se balanceaba entre los hombros como una especie de cola retorcida, semejante á la que llevan ciertos caballos de lujo.

Es lástima, repito, que se abandone tan pronto la moda actual; pero ¿qué hemos de hacerle? En esta materia se pasa á cada momento de un extremo á otro, sin más razon que la necesidad del cambio.

°°°

Como indiqué al principio de esta carta, la semana anterior estrenóse en el teatro Italiano *Aben-Hamet*, ópera en cuatro actos y un prólogo, letra de L. Detroyat y A. de Lauzières y música de M. Teodoro Dubois.

Monsieur Detroyat ha trazado el plan de la obra, tomándolo de *El Ultimo Abencerraje*, de Chateaubriand, y M. de Lauzières ha escrito los versos italianos dispuestos para la música.

La accion es muy sencilla. Aben-Hamet sale de Cartago para ir á Granada á reconquistar el reino de su padre Boabdil. Llegado apenas, enamórase de Blanca, hija del gobernador de Granada, y Blanca le corresponde, dándole sin dificultad una cita nocturna en el patio de los Leones de la Alhambra.

Zulema, madre de Aben-Hamet, que se había quedado en Africa para secundar con los moros africanos el levantamiento de los moriscos españoles, llega á Granada en seguimiento de su hijo, y los conspiradores, despues de haberse puesto de acuerdo, se disfrazan de gitanos para tomar parte en la fiesta que da el gobernador. Zulema despierta los sentimientos patrióticos de su hijo; todos los moros salen para batirse. Al cabo de una lucha encarnizada, los moros sucumben, y Aben-Hamet cae herido de muerte. Blanca, con su comitiva, acude á recoger su último suspiro cerca del monte Padul, en el sitio mismo en que murió su padre Boabdil.

Un inconveniente, que no tarda en notarse, es que los papeles principales se componen de tres triples y un barítono. Esta ópera carece de tenor, pues no puede cantarse como tal un papel insignificante de partiquino. El padre de Blanca, papel de bajo, no es mucho más importante.

A pesar de este inconveniente, el poema no es inferior á la mayor parte de los libretos italianos, y está escrito en el mismo género. Falta saber si la música le dará vida y atractivos suficientes.

La partitura de M. Dubois está escrita muy hábilmente,

con un esmero indiscutible, hasta en sus más mínimos detalles. El compositor se guarda muy bien de mostrar ninguna veleidad de innovacion; pero la delicadeza de los detalles, que seducen á veces, no basta para compensar la ausencia de originalidad, y aún podria decirse de fuego. Las escenas de pasion no pasan de la medianía. Por ejemplo, el duo de amor del patio de los Leones debería ser una pieza capital; principia efectivamente de una manera deliciosa; pero no se sostiene, y concluye de una manera pálida, sin novedad ni pasion verdaderas. Monsieur Dubois está clasificado hasta ahora en el número de los compositores *jóvenes*, dicho sea sin perjuicio del porvenir.

El barítono Maurel ha alcanzado un gran éxito en el papel de protagonista; E. de Reszké canta bastante bien su papel secundario de gobernador; la señorita Calvé representa de una manera satisfactoria el de Blanca, y la señorita Janvier saca el mejor partido del papel episódico de la huérfana Alfaima. En cuanto á Mlle. Lablache, que posee una magnífica voz de *mezzo-soprano*, no ha estado muy acertada en la interpretacion del personaje de Zulema.

X. X.

París, 23 de Diciembre de 1884.

EXPLICACION DE LOS DIBUJOS PARA BORDADOS

CONTENIDOS EN LA «HOJA-SUPLEMENTO» QUE SE REPARTE CON EL PRESENTE NÚMERO Á LAS SEÑORAS SUSCRITORAS Á LA 1.^a Y 2.^a EDICION DE LUJO.

Núm. 1. Capricho con cifra E para pañuelo.—2 y 5. Dibujos para bordar en vestidos de señora.—3. *Justina*, para pañuelo.—4. Cenefa para entredos.—6, 7 y 8. Nombres de *Victoria*, *Rita* y *Esperanza*, para pañuelos.—9. Enlace FD, para pañuelo de diario.—10. Dibujo de campanillas para bordar con sedas en país de abanico.—11 y 12. Enlaces CU, IN, para marcar paños de limpieza.—13. Detalle de dibujo de acerico para bordar con torzales.—14. *Blasa*, para pañuelo.—15. Dibujo de acerico con cifra A.—16. Enlace LD, para pañuelo.—17. Nombre de *Amalia*, para el reverso del abanico.—18. *Lorenza*, para pañuelo.—19. Enlace JA, para marcar pañuelos.—20. Enlace LB, para mantelería.—21. *Amalia*, para punta de pañuelos.—22. Capricho para pañuelo.—23. Enlace PL, para pañuelo.—24 y 25. Medallones para pañuelos.—26 y 27. Nombres de *Damiana* y *Manuela*.—28. Cenefa para almohadon.—29. Cifra M, para pañuelo.—30. Relojera para bordar sobre terciopelo con sedas.—31. Cifras L, D, para sábanas.—32. *Maria*, para pañuelo de diario.—33. Dibujo de centro de cojín, bordado con sedas y torzales.—34. Cifra T, para pañuelo.—35. Enlace MP, para pañuelo.—36. Feston para ropa blanca.—37. Caprichoso nombre de *Joaquina* para bordar en juego de cama.—38. Enlace PM, para paños de cocina.—39. Nombre de *Manuela* para bordar en sábana de boda.—Terminacion del pliego de dibujos: enlace DE, para pañuelos; nombre de *Elisa*, para pañuelos, y cifras A, L, C, E, G, para pañuelos.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.794.

(Sólo corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.^a edicion de lujo.)

Abrigo largo de paño color de nùtria, guarnecido de piel del Canadá. La falda del abrigo llega hasta cerca del borde del vestido, y su parte superior, ó sea el cuerpo, va cortada de la forma de una casaca de los antiguos guardias de *corps*. La manga tiene la forma de visita, pero va separada del cuerpo del abrigo y ribeteada de piel. El cuello vuelto es asimismo de piel. La espalda y faldones de la casaca, así como la línea del delantero, van adornados con una rica aplicacion bordada.

Tela necesaria para este abrigo: 4 metros 35 centímetros de paño color de nùtria, y 5 metros de piel del Canadá.

Traje de recibir para señora jóven. Vestido de lana color de rosa y terciopelo granate. El corpiño termina en punta y se abrocha en el costado con un peto que forma por ambos lados como una cola de golondrina. Unas solapas de terciopelo guarnecen el pecho. El cuello en pié es asimismo de terciopelo. La túnica se compone de dos *paniers* de diferentes tamaños, cruzados y ribeteados de terciopelo, los cuales forman *pouf* por detras. La falda plana es de terciopelo, y va guarnecida de un volante ancho de lanilla y cubierta en los lados de entrepaños de la misma tela, ribeteados de un bias de terciopelo, cuyos entrepaños llegan hasta el volantito que adorna el borde de la falda.

Tela necesaria: 16 metros de lanilla de 60 centímetros de ancho, y 6 metros 25 centímetros de terciopelo de 50 centímetros de ancho.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Se lleva más que nunca el lindo *jersey* suave y fino que moldea el talle; pero las señoras elegantes que quieren ostentar un busto perfecto, tienen necesidad de surtirse de un corsé de la casa de PLUMENT.

Un corsé bien modelado, segun las líneas de la estatua, es la base de toda *toilette* y de todo aire elegante. La cuestion de las *tournures* (polisones) se agita cada vez más, haciendo indispensable el dirigirse á una casa de inatachable reputacion. Las *tournures* no son nunca exagera-

das ni ridiculas cuando proceden de la casa de PLUMENT, 33, rue Vivienne, París, sin dejar por eso de seguir escrupulosamente las modas del día.

Aquellas de nuestras lectoras que quieran conocer todos los modelos de la casa de PLUMENT, tanto en corsés como en polisones ó ahuecadores, no tienen más que pedir á dicha casa su *Boletin-guia ilustrado*, á las señas arriba indicadas, y lo recibirán franco de porte.

PRECIOS DE LAS DEPILATOIRES DUSSEY EN PARIS.

<i>Pâte Epilatoire</i> para pequeños bigotes	10 francos.
Para las señoras que tienen pelos en las mejillas	20 »
<i>Pilivore</i> para los brazos, la caja	10 »

1, rue J. J. Rousseau, París.



Depósito en todas las principales Farmacias

Es suficiente enviar las medidas exactas á Mmes. de VER-TUS, 12, rue Auber, PARIS, para recibir de esta célebre casa un corsé de corte y elegancia irreprochables.—*Desconfíese de las falsificaciones.*

La Perfumeria especial á La Lacteina, recomendada por las notabilidades medicales de París, ha valido, en la Exposicion Universal de 1878, á su inventor, M. E. COUDRAY, 13, rue d'Enghien, en París, las más altas recompensas: la Cruz de la Legion, la Medalla de Honor y de Oro.

SOLUCION AL GEROGLIFICO DEL NÚMERO 46.

El cofre del avaro tiene horror al vacío.

La han presentado las Sras. y Srtas. D.^a Dolores y D.^a Tomasa de la Fuente.—D.^a Alicia y D.^a Otilia Armada.—D.^a Elodia Arenas y Rodriguez.—Doña Encarnacion y D.^a Cruz Navarro.—D.^a Julia y D.^a Felipa Genovés.

Tambien hemos recibido de la Isla de Cuba solucion al Salto de Caballo del número 38, de las Sras. y Srtas. D.^a Amalia Mallen y del Prado.—D.^a Rosa Velasco Diaz y D.^a Prisca Samaniego.

Igualmente nos han remitido de Montevideo la solucion al Geroglífico del número 37. D.^a Inés Echaniz y D.^a Plácida Contreras.

Á NUESTRAS SEÑORAS SUSCRITORAS.

Con el presente número LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA termina el año XLIII de su publicacion. Patentes son los desvelos que la Empresa no cesa de consagrar al logro de su objeto constante, que es el de que LA MODA, por lo completa, lo práctica y lo artística, no tenga rival entre las publicaciones de su indole que ven la luz en Europa; así, pues, nuestras numerosas abonadas pueden estar seguras de que nada omitiremos para continuar mereciendo la honrosa preferencia con que vienen favoreciendo á este periódico.

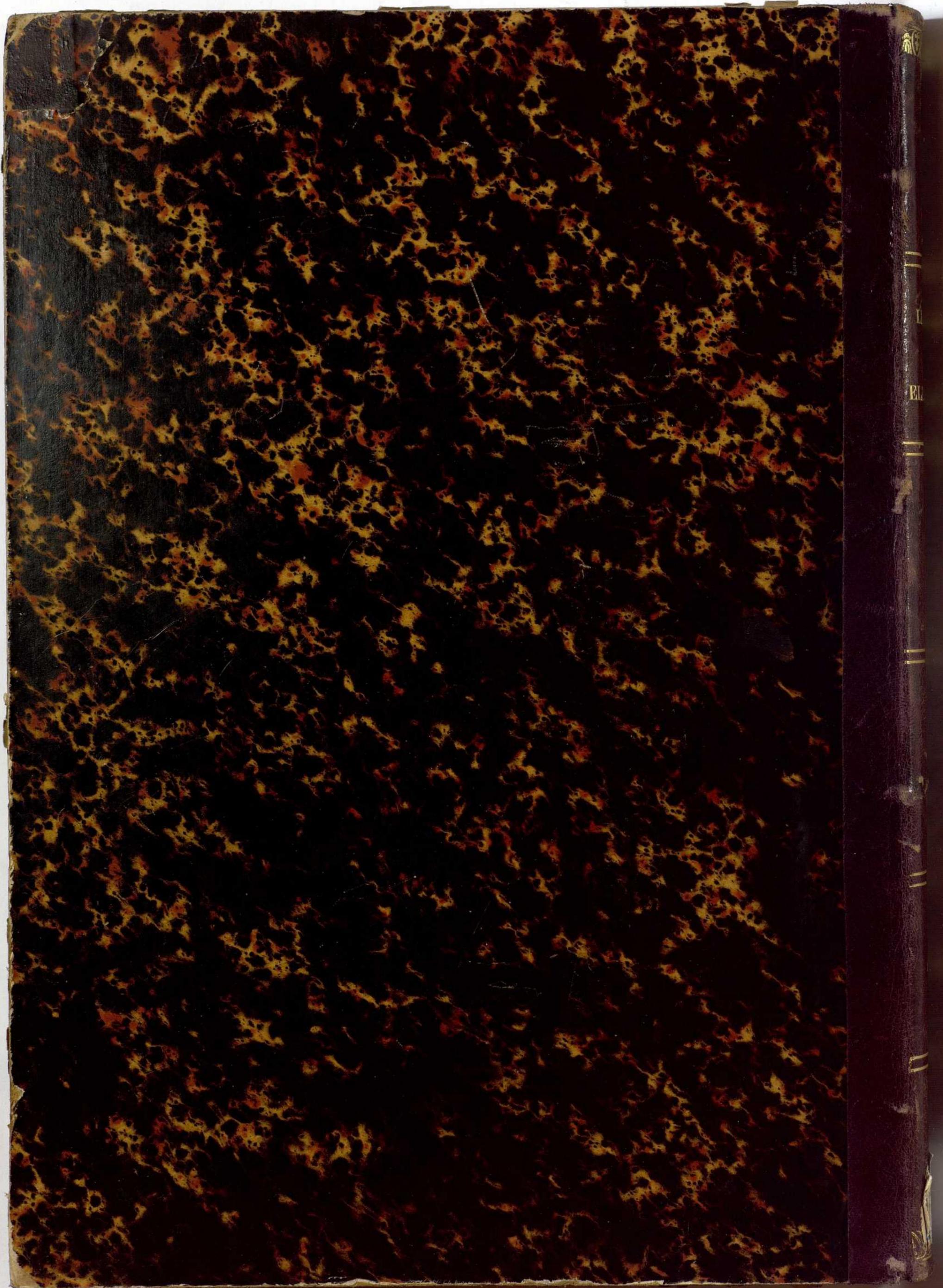
Séanos permitido enviarles desde aquí el testimonio de nuestro vivo reconocimiento, y expresarles los votos que hacemos por su prosperidad y la de sus familias en el año que va á inaugurarse.

El Administrador de LA MODA ELEGANTE suplica de la manera más encarecida á las Señoras Suscriptoras cuyo abono termina en fin de este mes, y deseen continuar favoreciéndonos, tengan la bondad de pasar el aviso para la renovacion del mismo con toda la anticipacion que les sea posible. Este ruego obedece al deseo de evitar á nuestras abonadas la contrariedad de experimentar retraso en el servicio del periódico al dar principio el nuevo año, época de la mayor aglomeracion de trabajos en estas oficinas.

Es de la mayor conveniencia, para evitar errores, que á la órden de renovacion se acompañe una de las fajas, impresas ó manuscritas, con que se recibe el periódico, ó á falta de ella, que se exprese con toda claridad el nombre de la Sra. Suscritora, la edicion á que desea suscribirse, punto de su residencia, provincia á que éste corresponde y señas del domicilio.

FIN DEL TOMO XLIII.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, (Passage Stanislass, 4). Tintas de la fábrica Lorilleux y C.^a (16, rue Suger, París).





LA MODA

ELEGANTE

1884



B
24
16